The background of the cover features a repeating pattern of Napoleon Bonaparte in military uniform. He is depicted from the waist up, wearing a dark bicorne hat, a dark coat with a high collar, and a light-colored waistcoat with buttons. He is holding a sword in his right hand and a sash in his left. The pattern is set against a light blue background.

# Máximas y pensamientos

Napoleón

Selección y presentación de  
Honoré de Balzac



Lectulandia

«Lo que Napoleón comenzó con la espada, yo lo alcanzaré con la pluma»  
Honoré de Balzac

La reconocida afinidad de Balzac por el genio de Napoleón hace de él un cualificado intérprete de los abundantes escritos con los que el Emperador acompañó sus decisiones, desvelándonos su vocación de escritor al mismo tiempo que traza el testamento político de uno de los personajes más relevantes del siglo XIX. A lo largo de las páginas de este libro, las reflexiones de Napoleón transitarán, de acuerdo con el plan trazado por Balzac, desde el enérgico desafío de quien aspira a dominar el mundo hasta el orgulloso desengaño de quien asiste desterrado a la catástrofe. Surgirán así ideas sobre las masas, la opresión, la moral, la ley e incluso el rol del azar en nuestras vidas.

**Lectulandia**

Napoleón Bonaparte

# **Máxima y pensamientos**

ePub r1.1

Titivillus 09.12.16

Título original: *Máximas y pensamientos*  
Napoleón Bonaparte, 2015  
Traducción: José Luis Gil Aristo  
Del prólogo: Vicente Campos González  
Diseño de portada: Mauricio Restrepo  
Ilustración de cubierta: Luciano Lozano

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Reporters



## RETRATO CON FONDO ROJO Y ESTRELLAS NEGRAS

Bien podría servir como epígrafe de los textos que siguen una de las definiciones que propone Italo Calvino en *Por qué leer los clásicos*: «Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres)» [def. 7]. No se trata de aprovechar las iluminadoras —y luminosas— definiciones de Calvino para renovar una laxa estantería de *clásicos* (en la que Balzac tendría su sitio de honor, pero no Napoleón —pese a su grafomanía—, a no ser que se habilitara un nuevo estante para «oradores grandilocuentes, propagandistas y otros animales de compañía»), sino que lo que interesa aquí es la peculiar deriva de los textos que nos llegan, cargados con un peso vivo, «trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra», porque, casi literalmente, eso es lo que ofrecen estas páginas: Balzac realiza una selección de «máximas y pensamientos» de Napoleón después de haberse dejado las pestañas (si hemos de creerle, «durante varios años», pero era perfectamente capaz) leyendo la bibliografía y las fuentes originales de Bonaparte a su alcance. Y el simple hecho de que cribe y compile, de que espigue y descarte, ya condiciona toda posible lectura contemporánea, y, con seguridad, implica algo más: en la antología leemos las palabras y textos de Napoleón pero, sobre todo, leemos el «Napoleón de Balzac», una fantasmagoría tan sesgada como legítima. Es una lectura explícitamente mediada que, posiblemente, arroje más luz sobre Balzac que sobre el propio Napoleón, aunque el novelista, consciente del peligro e inconsciente de lo desmedido de sus pretensiones, no se cohíba en el reparto de medallas: «Otro de sus méritos [dice Balzac de Balzac] es haberse dado cuenta de la importancia de la obra que iba a resultar [es decir, del fruto de su propio trabajo], que es a Napoleón lo que los Evangelios son a Jesucristo». Ahí es nada. Recordemos, para calibrar la magnitud del elogio que se inflige a sí mismo, que Honoré —a diferencia de muchos de sus contemporáneos *post-ilustrados*— no era precisamente ateo ni agnóstico, sino católico y, queda claro en la cita, *apostólico*.

Para complementar la antología se han añadido a modo de apéndices unas selecciones, más humildes y específicas, de otras «huellas» que ha dejado Napoleón en nuestra cultura: tanto en papel —las reacciones que suscitó en destacadas luminarias de las letras y las artes—, como en celuloide —las películas que lo han representado y forman parte ya de nuestra memoria iconográfica como en piedra —la singular historia de la estatua que corona la columna de la place Vendôme—. La impronta del corso se filtra en nuestra contemporaneidad desde todas las fuentes imaginables (y alguna inimaginable) y no se pretende en estas páginas —sería vano— ir más allá de ofrecer unas burdas pinceladas de la misma y, a ser posible, despertar la curiosidad del lector.

Entreverado con las apologéticas acotaciones sobre los clásicos, late explícito un temor que Calvino intuía y expresaba, en términos de tiempo de vida y de sosiego, hace más de cuarenta años, en otro universo de lectura, y que apuntaba oblicuamente hacia un problema que ahora se ha multiplicado: «¿Dónde encontrar el tiempo y la disponibilidad de la mente para leer los clásicos, excedidos como estamos por el alud de papel impreso de la actualidad?». En 1981, cuando escribía Calvino, era impensable que ese «alud de papel impreso» —abrumador, asfixiante— de la *galaxia* Gutenberg se viera desbordado por el casi infinito del *universo* digital. Quizá su ensayo ya no se titularía ahora *Cómo leer los clásicos* sino, simplemente, *Cómo leer*, a secas. Un inconcebible y borgiano caudal de información anega los canales por los que discurría, parsimonioso y serpenteante, el pensamiento. No se intuye siquiera cual será la forma en que se leerá —¿se pensará?— en un futuro próximo. Desde Gutenberg, y aun antes, la lectura había fluido más o menos plácida pero siempre lenta, por los cauces de la página impresa y el ritmo pausado que ésta imponía. La memoria y la sabiduría quizá se habían resentido del invento de la escritura, como temía el rey Thamus en el *Fedro*, pero habían pervivido. No está claro que vaya a seguir siendo así. Balzac, lo citábamos antes, afirmaba haber dedicado «varios años» a rebuscar entre fuentes y bibliografía sobre su admirado Napoleón. Hoy en día necesitaría muchas vidas, longevas y ociosas, para hacer otro tanto (y puede que casi tantas para leer lo que se ha escrito sobre él mismo). Cómo discriminar, qué leer y qué no, cuando, simplemente para Napoleón —y algo parecido podría decirse para el cafeinómano y torrencial Balzac—, se encuentran incontables recopilaciones de sus «obras completas», básicamente correspondencia e informes, notas, proclamas, arengas y discursos que publicaba en los boletines del ejército o en la prensa —en un ejercicio de autobombo digno de estudio—, aparte de algún panfleto político (¡y una novela juvenil!) que se alargan durante miles de páginas, empezando por una edición de las *Oeuvres* en cinco volúmenes que publicó Panckoucke en París ya el mismo año 1821, cuando el cadáver del destronado emperador todavía no se había enfriado. Por no hablar de la variopinta bibliografía que, desde el *Memorial* de Las Cases, ha proliferado sobre el personaje, que excede la capacidad digestiva de cualquier *connaissanceur* bulímico, y buena parte de la cual es, ahora, inmediatamente accesible en un par de clics.

Y en ese inabarcable y heterogéneo corpus de textos se juega la reputación de los «grandes nombres», de manera que si caprichosa es su suerte histórica, más caprichosa aún es su fama y más disputado su legado. El obsesionado con los espejismos de la posteridad o el que albergue la esperanza de ser absuelto por la historia que vaya poniendo las barbas a remojar; el tribunal que, Schiller *dixit*, habría

de dictar sentencia, sigue deliberando. Tanto da que haya fomentado en vida el culto a su figura, como hizo Napoleón, o que haya dejado herederos plausibles y agradecidos, porque, en el mejor de los casos, de no caer en el olvido, le espera una narración académica ambigua y contradictoria o, en el peor, una leyenda que, en última instancia, no importa demasiado que sea negra o dorada.

Es difícil hacerse una idea de la sombra —o de la luz, o de ambas— que proyecta una figura como Napoleón sobre las dos primeras décadas del siglo XIX y que se prolonga, con altibajos, hasta hoy. Por abreviar y en esquemático y maniqueo resumen contraponiendo hagiografía y halago con invectiva e insulto, Bonaparte ha sido considerado el gozne entre La Revolución (así, con doble mayúscula) y la Restauración, y la encarnación —en variable medida— de las dos; el que clausura pero también propaga los principios inspiradores de 1789, con los que ejercería simultáneamente de libertador y de enterrador; el fundador del patriotismo más pendenciero y del internacionalismo burgués (o, en palabras de Hobsbawm, estandarte de la «única revolución ecuménica»); culto y brutal, augusto y a la vez ridículo —hasta la caricatura de sí mismo—, tierno y gélido, visionario y ciego, genio militar y carnicero; tirano megalómano y *petit caporal*, por no decir «Usurpador Universal»; expresión de una burguesía naciente necesitada de estabilidad y personificación del espíritu de la Francia eterna.

En el conocido inicio de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* —redactado poco más de un año después de la muerte de Balzac y cuando sólo habían transcurrido unos meses del golpe de Luis Napoleón, sobrino de su tío—, Marx da una pista sobre los trampantojos de la historia: «Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen dos veces. Pero se olvidó de agregar: la primera vez como tragedia y la segunda como farsa... ¡La misma caricatura que acompañó a la segunda edición del 18 de Brumario!». Marx atribuía, cargado de argumentos, la tragedia al tío y la farsa al sobrino, pero ni en un desvarío habría podido imaginar corolarios como la parodia sangrienta de la coronación en 1977 de Jean-Bédél Bokassa, en un esperpéntico remedo de la de Napoleón I; un Bokassa que, para más inri, también había sido cabo del ejército francés y cuyos alucinatorios delirios de grandeza fueron oportunamente apoyados por el gobierno de Giscard d'Estaing, hasta que lo derrocó en 1979. Y Napoleón pervive, contra viento y marea, y sigue dando para episodios más dulces —pero no menos grotescos o rentables—, como bien sabe uno de los mayores especialistas en su figura, Dominique de Villepin, autor de *Les Cent jours ou l'esprit de sacrifice*, *Le soleil noir de la puissance*, *La Chute ou l'empire de la solitude*. El elegante ex primer ministro Villepin —cuyas aspiraciones presidenciales se verían intempestivamente frustradas por un turbio conflicto con Sarkozy del que saldría absuelto en los tribunales, pero no indemne— vendió su colección de objetos napoleónicos por casi un millón de euros en marzo de 2008, un mes después de firmar junto a otros líderes políticos franceses un manifiesto que, más que contra un presidente de la República, parecía redactado

contra un cónsul con ínfulas de dictador al denunciar «una deriva hacia una forma puramente personal de poder que raya en una monarquía electiva» y hacer un llamamiento a la «vigilancia republicana» en referencia apenas velada al entonces jefe del Estado, Sarkozy, quien, por su parte, ha sido objeto de reiteradas comparaciones con el corso —se han llegado a escribir libros sobre «la materia»— que van desde el simple mal gusto —con referencias a su talla, no precisamente política, y sus tics nerviosos— al supuesto elogio envenenado —«Bonaparte con traje», «reconstructor de Francia»—.

La división acerca de la figura de Napoleón era lógica en un país, en un continente, sumido en guerras sucesivas y paralelas —desde la Revolución, más o menos larvadas o cruentas, más o menos civiles o internacionales—. Balzac, sin embargo, se mueve como pez en el agua en los matices, en un «sí pero no» que le permitía nadar y guardar la ropa: no hay más que leer la presentación de esta obra. Sabido es que sus sentimientos hacia el Emperador basculaban entre la rendida admiración, la arrobada adoración («hijo de Austerlitz», escribe André Maurois, «nunca perdió aquel temprano ardor») y el cauteloso distanciamiento, como si le contemplara con la mirada ambigua de quien teme que descubran su secreta debilidad por él. Quizá tenga razón Stefan Zweig cuando atribuye en parte tal embelesamiento al hecho de que el esplendor —y también la caída— de Napoleón coincidiera con la infancia y la adolescencia del escritor («Todos los anhelos infantiles han debido de reducirse a un único nombre estimulante, un pensamiento, una idea: Napoleón»): Balzac nace en 1799, el año que, al regresar de la no tan triunfal campaña de Egipto, Napoleón *accede* al Consulado (en el golpe del 18 Brumario) y emprende su meteórico ascenso hacia el trono y más allá. No obstante, es evidente que para él era mucho más que un héroe de adolescencia: le ofrecía un modelo que imitar y una incuestionable constatación empírica de que en una sociedad como la napoleónica se podía aspirar a cualquier cosa (y a cualquier suma), dar rienda suelta a la ambición —social y económica— y satisfacerla; todo lo cual transpira en las famosas palabras que escribió bajo el busto de Napoleón que tenía en casa: «Lo que él comenzó con la espada, yo lo alcanzaré con la pluma». Lo cierto es que fueron Balzac y otros grandes de las letras francesas del XIX —Stendhal, Hugo, Chateaubriand— los que, cada uno a su modo, con distinta intensidad y pertinencia y en distintos momentos, más hicieron por alimentar el mito de Napoleón.

Balzac es demasiado sutil para divinizar a nadie más de lo estrictamente necesario. O para demonizarlo, como se comprueba una y otra vez en *La comedia humana*: todos, o casi, tienen sus razones (no siempre morales ni justificables, pero razones), y sus fallas. Hasta Napoleón, al que, en la presentación, tras las inevitables loas —más a sí mismo que al corso—, acusa nada menos que de plagiarlo y vulgar: «ha sido necesario podar varios pensamientos que compartió con otros grandes hombres que le precedieron en política, y otros más cuya vulgaridad no quedaba eliminada en virtud de su nombre», y eso que en este mismo texto se cura en salud:

«No tenemos que tomar aquí partido a favor o en contra de la experiencia legada a Francia por este gran hombre: a nadie corresponde defender o acusar a Napoleón...». Ha de tenerse en cuenta que esta antología se publicó por primera vez en 1838, casi en el ecuador de la denominada Monarquía de Julio, el periodo relativamente pacífico, próspero y tímidamente liberal de Luis Felipe I de Francia, el largo segundo entreacto que discurrió entre la tragedia y la farsa.

Leyendo la división más o menos cronológica y ordenada del esquema que propone Balzac en estas páginas puede reconocerse aproximadamente el curso de la biografía de Napoleón, que sólo seguiremos en los años iniciales de su vida. En la primera parte, «El republicano y el ciudadano», se percibe, quizá, una intención demasiado evidente de presentar la imagen de un ciudadano afecto a los valores republicanos radicales, de un revolucionario, un joven y ambicioso Napoleón —un megalómano en ciernes— que, acabado su periodo de formación y ya fogueado en los campos de batalla, todavía sería genuinamente jacobino e incluso moderadamente robespierriano (hasta donde se podía ser «genuinamente» nada en un periodo tan turbulento y de lealtades tan volátiles). La selección de aforismos, todo sea dicho, resulta en un caótico batiburrillo de máximas dignas de un Marat desatado («Las leyes [...] están hechas para oprimir al desgraciado y proteger al poderoso» [9]), soflamas de un patriota temible, subapartado salvapatrias irredento («La virtud primera es la entrega a la patria» [31], «Hay que salvar a los pueblos a su pesar» [87]) y notas de un cínico embebido de estoicismo («La mayoría de quienes no desean ser oprimidos quiere oprimir» [59], «Sólo hay dos palancas para mover a la gente: el miedo y el interés» [78]). La selección viene, además, salpimentada —detalle muy *balzaquiano*— de ocurrencias sobre las mujeres y las relaciones humanas que harían las delicias de cualquier revista de papel cuché («La mujer hermosa deleita la vista; la mujer buena, el corazón. La primera es una joya; la segunda, un tesoro» [57]), pero que dejan claro que Napoleón no sólo había leído a Maquiavelo y Plutarco.

Hijo de la pequeña nobleza corsa, nació en Ajaccio en 1769, en una atmósfera reticente, como poco, al dominio francés. Aun así, su padre lo envió a los diez años a una escuela militar de la Francia continental y acabaría graduándose en artillería a la tierna edad de dieciséis años. La Revolución le pilló en Córcega y aunque llegó a comandante segundo de la Guardia Nacional en la isla, su familia se enfrentó al antiguo líder nacionalista Paoli y se vio obligada a huir a Francia en 1793. Salió bien parado del periodo revolucionario más caótico y cruento: asciende a general de brigada tras su intervención en el asalto a Tolón ocupado por los realistas y, cuando cae Robespierre, se libra de las represalias pese a sus conocidas simpatías. En 1795 protege a la Convención de un ataque contrarrevolucionario y empieza a tenersele en cuenta en los círculos de poder. Se casa con la criolla Josefina en 1796. Entre ese año y el siguiente emprende una triunfal campaña en Italia contra austriacos y fuerzas

papales, pero se niega a marchar sobre Roma (desobedeciendo al Directorio). Cuando a finales de 1797 regresa a París, el joven general es recibido como un héroe. Al año siguiente se embarcó en una aparentemente disparatada expedición a Egipto —1798-1799—, que dejó como resultado la moda de la egiptología y la piedra Rosetta, además de matanzas de población civil y prisioneros desarmados que avergonzarían a Atila, pero tuvo que volver a París llamado por un Directorio cuyo poder se tambaleaba. Con una mezcla de astucia y pocos escrúpulos pasa de ser un simple peón de Sieyès, cerebro gris del golpe del 18 Brumario (9 de noviembre de 1799), a primer cónsul un mes y medio más tarde. Hasta ahí la biografía napoleónica del «republicano y ciudadano» que aparece en la antología de Balzac. En esos años juveniles, y durante el resto de su vida, Napoleón lee sin descanso. No sólo aprovecha su facilidad natural para las matemáticas (que es lo que le permitirá destacar como joven artillero), sino que lee con voracidad casi todo lo que podría leer un hombre de su tiempo, clásicos, ilustrados —Voltaire y Rousseau, claro—, pero también, según el listado de la biografía de Emil Ludwig: «todo aquello que más tarde podrá serle de utilidad: los principios e historia de la artillería, la poliorcética, la *República* de Platón, la constitución del Estado persa, del ateniense y del espartano [*sic*], la historia de Inglaterra, las campañas de Federico el Grande, las finanzas francesas, las costumbres de los tártaros y de los turcos y la topografía de sus respectivos países; la historia de Egipto y la de Cartago, los viajes a la India, informes y estudios ingleses sobre la Francia de entonces, las obras de Mirabeau, Buffon y Maquiavelo, la historia y constitución de Suiza, de China y de la India y el Imperio de los incas, la historia de la nobleza y de sus desaguisados, la astronomía, la geología y la meteorología. Napoleón no se contentaba con hojear esos libros sino que los leía con toda atención». Y los anotaba cuidadosamente, prosigue admirado Ludwig, que se demora en repasar los heterogéneos ensayos del joven (de una esperable refutación de Rousseau a un texto «sobre el suicidio» o «las fechas en que empezaron a gobernar veintisiete califas, con una nota sobre sus fuerzas de caballería, y una relación de la mala conducta de sus esposas» [¡!]). Con tal bagaje, no es de extrañar que en sus roces con la *intelligentsia* de la época —que fueron frecuentes—, Napoleón, ya desde el Consulado, impresionara, aparte de deslumbrar y seducir, a sus interlocutores. El relato que hace el un tanto ensoberbecido Chateaubriand de un inesperado encuentro con el todavía cónsul durante una recepción en 1803, tras la publicación de *El genio del cristianismo* (que Napoleón había leído), es ilustrativo: «Bonaparte me vio y me reconoció, no sé por qué. Cuando se dirigió hacia mí, no se sabía a quién buscaba... me abordó con sencillez, sin cumplidos, sin cuestiones ociosas, sin preámbulos, me habló de inmediato de Egipto y de los árabes, como si yo hubiese sido de su círculo íntimo y no hubiera hecho más que continuar una conversación ya comenzada entre nosotros... Bonaparte se alejó sin más. Como a Job, en mi noche, un soplo se deslizó sobre mi cara y me puso los pelos de punta. Estaba allí delante; no la reconocí. La aparición estaba ante mis ojos; hubo un silencio, después oí una voz...». Tampoco

Goethe parece haberse librado de la fascinación cuando mantuvo una célebre reunión con él en octubre de 1808. Napoleón, que, para variar, se había leído el *Werther* (durante la campaña de Egipto, según Goethe, y hasta siete veces según otras versiones), le recibió con un paralizante «*Voilà un homme!*», y en la conversación subsiguiente criticó un fragmento de la obra por «poco natural», crítica que el susceptible Goethe aceptó de buen grado, aunque nunca hizo público el fragmento en cuestión. El alemán también pasó a engrosar las filas de admiradores seducidos por el emperador, de las que ya formaba parte Hegel, que sólo había visto a Napoleón desde lejos, en octubre de 1806, como le explica a su amigo Niethammer en una carta: «He visto al emperador, este espíritu del mundo, salir de la ciudad para la revista. En efecto es una sensación maravillosa contemplar a un individuo que, desde un punto, a lomos de un caballo, se extiende sobre el mundo y lo domina... este hombre admirable al que es imposible no admirar». La cita le ha costado a Hegel más de un comentario ácido y burlón, pero, visto lo extendido del sentimiento entre las luminarias de la época, quizá haya que ser un poco más comprensivos con él.

La segunda parte se centra en máximas sobre «el arte militar», para cuya criba Balzac debió de utilizar un cedazo muy fino dada la propensión del corso a sentar cátedra sobre lo divino y lo humano, y en especial, con razones sobradas, sobre la guerra. Tampoco Balzac parece especialmente interesado en el tema, al que sólo dedica 75 de los 525 fragmentos seleccionados. Aun así, entre apuntes sobre las diferentes armas, la disciplina y el valor, se deslizan aforismos que producen escalofríos («Un ejército es un pueblo que obedece» [133], «Hay casos en que gastar hombres significa economizar sangre» [147]) y otros que, visto que su afición a la ostentación poco elegante ya era objeto de sorna en la época, más bien dan risa («El uniforme hace al hombre» [119]). Llama quizá la atención que Balzac no elija ningún fragmento de Napoleón que haga referencia a las víctimas ni a los sacrificios de la población —menciones entre las que elegir había, sobre todo en las cartas—; en cualquier caso, las denominadas «guerras napoleónicas», con su interminable sucesión de grandes batallas con inmensos ejércitos de leva, la generalización de las guerrillas y los estragos consiguientes —hambre, enfermedades—, sembraron el continente de muerte (alrededor de tres millones de seres humanos en dieciséis años) y destrucción, pero no alcanzaron, ni de lejos, la escala de carnicería industrial de la Gran Guerra del siglo siguiente.

En la tercera parte, Balzac se centra en las «ideas del soberano» y el ejercicio del poder, y, por lo que dejan entrever los textos, abarca desde la coronación (1804) a la llegada a Santa Elena (1815). Dado que se trata de fragmentos sin contexto, muchos de una lapidaria contundencia, con frecuencia *ad hoc* o directamente contradictorios, es imposible extractar un «pensamiento» político de contornos bien definidos —en el caso de que Napoleón tuviera algo semejante—, aunque sí un listado de sus preocupaciones, entre las que destaca una reflexión sobre el poder y cómo mantenerlo en la que no es difícil encontrar ecos de Maquiavelo, al que, como sabemos, había

leído y releído con interés y provecho. Puede que una de las claves de la supervivencia de Napoleón en el trono y en la estima de sus súbditos (o conciudadanos, según el momento), radique precisamente en su desprejuiciado uso instrumental del pensamiento de Maquiavelo, que se trasluce en sentencias, tan numerosas como, vistas en perspectiva, inquietantes: «Los soberanos deben perdonar las faltas y no olvidarlas jamás» [267], «La expresión “virtud política” es un sinsentido» [275], «La política, que no puede ser moral, debe hacer que triunfe la moral» [322]. Pero no son sólo las sutilezas de la teoría política las que desvelan a Napoleón; su atención nerviosa, incansable, no deja tecla por tocar, en parte, también, porque intuye que el poder se dirime en los detalles, y de ahí sus comentarios (entre curiosos, extravagantes y admonitorios) sobre escritores y libros o sobre la prensa (que controló y censuró), o el clero, o la naturaleza del matrimonio, el poder del dinero, o cómo encarar la muerte o asumir el azar. Nieto a la vez del Antiguo Régimen y la Ilustración, hijo de la Revolución, Bonaparte parece por momentos un destilado de los tres, pero es un hombre de acción que no acaba de encontrar acomodo en la estabilidad burguesa que, según la historiografía, debería representar: «La tortura de tomar precauciones es superior a los peligros que se pretenden evitar: es mejor abandonarse al destino» [200], y cuando se acerca su final, parece percatarse: «En la posición en que me hallo, sólo encuentro nobleza en la chusma que he desatendido, y sólo veo chusma entre la nobleza creada por mí» [413], escribe en 1814.

En la cuarta parte, Balzac husmea entre los restos del naufragio, con el emperador deportado en Santa Elena, recuperando pecios de «el grito del moderno Prometeo». La asociación la sirve en bandeja el siempre humilde Napoleón en el último de los fragmentos seleccionados: «Como un nuevo Prometeo, estoy atado a una roca donde un buitre me devora...» [525], y, aunque está claro que se refiere a la isla, una roca en el fin del mundo, surge la duda de si Balzac no se referiría, avieso, a *otra* versión de Prometeo, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, que había publicado Mary Shelley veinte años antes, en 1818. Tirando un poco del hilo enmarañado, Maurois titularía la hagiografía que dedicó a Balzac en 1965 *Prométhée ou la vie de Balzac*. Como sea, no sorprende el interés de Balzac por recuperar citas que subrayan la humanidad del hombre caído en desgracia, su dolor («Me han enterrado sin haber perdido un ápice de mi lucidez» [437]), su amargura política y también personal («El azar es el único rey legítimo del universo» [438], «No hay nada más raro que un afecto constante» [454]), como si el escritor supiera que no puede redondear el mito sin hacerlo, al cabo, humano.

En el último apartado de la selección, Balzac reproduce un texto político — anómalo en el conjunto, por la extensión y el tema—, una diatriba, cargada de exabruptos más bien vulgares, que lanza Napoleón contra lord Castlereagh, a la sazón Foreign Secretary (ministro de Exteriores) británico, al que califica, entre otras lindezas, de «remedo simiesco» del primer ministro Pitt. Pero lo que asombra no es

tanto que Napoleón, derrotado y bajo custodia de los británicos, se desahogue contra Castlereagh —al fin y al cabo, su carcelero—, sino las razones que aduce y el tono del texto —leyéndolo, se diría que casi creía que era cuestión de meses su regreso a casa para imponer *su* política—. Y si no sorprende que le recrimine al británico su disposición a dejar Europa en las manos más reaccionarias, sí desconcierta que le eche en cara no haber sabido sacar partido para su país de la victoria, ni económico ni territorial; le parece inconcebible que no aprovechara la oportunidad y que pactara el reparto de poder en el continente con la Santa Alianza. Una coalición cuyas intenciones también se le escapan: «¿Servirá, efectivamente, para mantener la paz universal?», se pregunta retóricamente para responderse: «Pero esto es una quimera incapaz de engañar a los gabinetes diplomáticos. [...] La única manera que tengo de entenderla es viéndola como una alianza de los reyes contra los pueblos». Acierta en la última intuición pero yerra lastimosamente en la previsión de que la Santa Alianza no mantendría la paz, porque, como sabemos, sentó las bases para casi un siglo sin una guerra generalizada en Europa... aunque posiblemente, en un ejercicio de política ficción retrospectiva, la Primera Guerra Mundial fuera una lejana consecuencia. En una coda siniestra, Castlereagh enloqueció en 1821, el año de la muerte de Napoleón, y se suicidó degollándose con un cortaplumas en 1822. Y los insultos de Napoleón casi podrían pasar por corteses en comparación con el escarnio al que le sometieron algunos de sus compatriotas, en especial los poetas románticos como Shelley («Me encontré al Crimen en el camino / tenía el rostro de Castlereagh...») o Byron (que invitó a mear sobre su tumba). *Sic transit*.

Cabe lamentar que Balzac, tan informado, tan al tanto siempre de lo que le rodea como el propio Napoleón, no se extienda en la presentación de su antología y no dé una explicación más razonada del porqué de sus elecciones, y de sus descartes, que sólo podemos suponer. Valga, como indicación de la importancia que le concedía el propio autor —o como síntoma de sus cautelas o, tal vez, de sus estrecheces económicas—, que la obra ni siquiera se publicó originalmente con su nombre sino como textos «*recueilles par J.-L. Gaudy*», un *bonnetier* (vendedor de medias y géneros de punto) que quería hacer méritos para que le condecoraran. Por lo visto, Balzac, eternamente acuciado por sus apuros financieros, le vendió la antología al tendero y sólo años más tarde apareció ya con su nombre, aunque, todo sea dicho, no era el primero de sus trabajos que se publicaba sin ir firmado por él. Pese a todo, hay que conceder a su selección algo más que el mero beneficio de la duda: la mítica capacidad de observación, de penetración en las almas ajenas, y el genio para plasmarlo sobre el papel suponen, como mínimo, unas credenciales con garantías.

De todos modos, la figura de Napoleón puede rastrearse, como fondo o en primer plano, en buena parte de la obra de Balzac, siempre envuelta en el halo difuso de admiración hacia el personaje que impregna toda *La comedia humana*. A título

meramente informativo, el lector interesado —y no sólo en Napoleón— puede encontrar distintos acercamientos balzaquianos al corso en *Un asunto tenebroso* (1843, incluido en las «Escenas de la vida política»), una inopinada novela policíaca y política con conspiración contra Bonaparte durante el Consulado incluida, además de una aparición estelar del «tenebroso» Fouché; en *El coronel Chabert* (1832, «Escenas de la vida privada»), donde el desafortunado militar del título es dado por muerto en la batalla de Eylau (el propio Napoleón envía cirujanos a comprobarlo), aunque sólo resulta malherido, y cuando regresa, años mediante, al hogar, se encuentra sin patrimonio ni esposa (que se ha casado con un noble), ni, más en general, tampoco encuentra el Imperio, que ha dado paso a una Restauración poco comprensiva con los héroes —y los supuestos valores— napoleónicos; en *Un médico rural* (1833, «Escenas de la vida en el campo»), la más napoleónica de las novelas de Balzac, éste pone en boca de Goguelat, un viejo soldado, un resumen de la historia del emperador en clave y registro «popular», alejado de la grandilocuencia al uso. El plan inicial que Balzac había esbozado para *La comedia humana* —137 novelas, de las que completó 87, aparte de otras obras no previstas— incluía la serie «Escenas de la vida militar», en la que pretendía revisar la epopeya napoleónica en su integridad, pero de las 20 novelas proyectadas, sólo concluyó dos —*Los chuanes* (1829) y *Una pasión en el desierto* (1830)—; volvería al tema también en obras más breves pero no menos memorables con *El Verdugo* (1831), que se desarrolla en la campaña de España, y *Adiós* (1832), que revive el desastre de la retirada de Rusia y el cruce del Berézina.

Se sabe que tanto Napoleón como Balzac (como la mayoría de los hombres medianamente cultos de su época) habían leído las *Vidas paralelas* de Plutarco y es difícil no caer en la tentación de trazar dos arcos biográficos, tan cercanos en el tiempo que se solapan en buena parte, comparando al uno y el otro porque sobran los detalles y las coincidencias que los emparentan, empezando por la fijación del escritor por tomar al político como referencia de sus ambiciones literarias —y, se diría, vitales: ya lo hemos citado («de la espada a la pluma»)—, y siguiendo por las supuestas afinidades de (malos) gustos o las reverberantes concordancias psicológicas. Esos paralelismos han sido señalados por muchos y subrayados, en un juego de reverencial delicadeza tan entretenido como fructífero, por Stefan Zweig, llevándolos aún un poco más lejos, hasta sus mismas obras. Reproducimos una larga cita troceada que merece la pena: «El afán de no querer sino siempre el todo, nunca una parte, la avidez de aspirar a la plenitud universal, esta ambición febril, la debe [Balzac] en primer lugar al ejemplo de Napoleón [...] Y así como Napoleón, descansando entre dos campañas, creó el Código Civil, Balzac, descansando de la conquista del mundo en *La comedia humana*, crea un código moral [...] Única en la literatura moderna, como único es Napoleón en la historia moderna, es esta conquista

del mundo en *La comedia humana*, este contener entre dos manos la vida entera, compendiada [...] como Napoleón [...] entallar el mundo en figuras, pintarlo como un paisaje y luego dominar los títeres con dedos excitados: he aquí la monomanía de Balzac» [pp. 1833]. Y aún hay quien cree que Zweig se queda corto porque no sólo la ambición —desmedida, mesiánica— y el genio —sea éste lo que sea— compartirían ambos, sino también la ceguera (ambición, en el fondo, ¿de qué?), la carencia (pese a lo que pudiera parecer) de un plan maestro que rigiera sus actos y decisiones (al cabo, ambos acaban recurriendo al socorrido azar), la megalomanía desprejuiciada, la pasión incontenible como fuerzas de la naturaleza, galeotes de la vida, que se levantan una y otra vez tras tropezar con piedras asombrosamente similares, hasta acabar víctimas de su propia vehemencia.

Balzac, como Napoleón, consiguió el reconocimiento público en vida y, como él, también ha disfrutado del más dudoso privilegio de una larga vida después de la vida. Desde su amigo Hugo, que leyó su elogio fúnebre, o Zola, hasta, ayer mismo, Sebald en *Austerlitz* o Javier Marías en *Los enamoramientos*, han sido legión quienes han escarbado en su obra. Su fama, además, sobrepasa la literaria y entra de lleno en la política, la sociología y hasta la economía, lo que sin duda enorgullecería a alguien que se jactaba de hacerle «la competencia al registro civil». Muchas veces se han citado las palabras de Engels, que por sí solas justificarían los desvelos de cualquier escritor y, más aún, los de Balzac: «Yo aprendí más sobre lo que es la sociedad burguesa, el capitalismo, etc., leyendo las novelas de Balzac que con el conjunto de los historiadores, economistas e investigadores de estadísticas profesionales de su época» (sólo le faltó añadir: «y, además, me lo pasé mucho mejor»); y esta estima por Balzac como fuente fidedigna de la realidad social se prolonga hasta nuestros días, sin ir más lejos, en *El capital en el siglo XXI*, el inesperado *bestseller* de economía pura y dura de Thomas Piketty, que dedica bastantes páginas a «la expresión literaria más exitosa de la estructura de la desigualdad en la sociedad del siglo XIX...», *Papá Goriot* (seguro que si Vautrin levantara la cabeza —del papel—, le reclamaría derechos de autor). Y, por si cupiera alguna duda, de la actualidad y pervivencia de Balzac ahí están las numerosas reediciones y las nuevas y cuidadas traducciones de sus obras que se están publicando estos últimos años en nuestro país.

Es posible que sea muy difícil pergeñar una genealogía siquiera aproximada de la recepción de un autor o de la influencia de un político a lo largo del tiempo, trazar el registro geológico de esas «huellas» de lecturas acumuladas que mencionaba Calvino. De no serlo, y si preguntáramos a coleccionistas de miniaturas bélicas, vendedores de disfraces de carnaval y psiquiatras (hasta hace unos años, al menos), Napoleón llevaría siglo y medio de plena actualidad. Imposible de cuantificar casi por definición, el poso de las sucesivas interpretaciones del pasado se diluye y filtra en insospechados capilares.

Mencionábamos más arriba la llamativa y hasta cierto punto lógica pervivencia de la figura de Napoleón entre la atribulada clase política francesa, cuya penúltima expresión tal vez sea el libro que ha publicado hace poco el ex primer ministro Lionel Jospin, una obra que, desde el título, casi balzaquiano, deja bien clara su opinión, *Le mal napoléonien* (2014). En una entrevista en *Le Nouvel Observateur* (15-3-2014), Jospin se despachaba a gusto, y el semanario, bajo el titular «Lionel Jospin: “Napoléon, quel désastre!”», resumía: «El emperador fue un déspota que dejó a Francia (y a Europa) en una situación catastrófica». No es sorprendente —ni original— la perspectiva de Jospin (el bonapartismo nunca ha sido plato de gusto de buena parte de la izquierda), pero sí es curioso que en la presentación, Laurent Joffrin, el periodista, «para estimular la controversia», plantee la entrevista en los siguientes términos: «Napoleón, ¿fue el Ogro de Córcega o bien, según expresión de la época, “Robespierre a caballo”?» (entiéndase aquí la referencia a Robespierre como meliorativa, como «soldado de la Revolución»). Casi doscientos años después de Waterloo y, parecería, estamos en los mismos parámetros discursivos; pero sólo hay que leer el contenido para comprobar que no es así, que tanto Jospin como Joffrin no están hablando del mismo Napoleón que Balzac o Chateaubriand, sino de Napoleón *después de* —a través de— Balzac, de Chateaubriand (es más, en las dos páginas de la entrevista se menciona, además de a los dos citados, a Stendhal, Dumas, Hugo, Vigny, Beethoven, Fichte, De Gaulle, Pétain...). La mirada y el análisis de los recién llegados a la conversación están irremediablemente mediados o enriquecidos —explícita o implícitamente— por los anteriores interlocutores. La marea no borra la huella de la que hablaba Calvino. La vida sigue.

Se cuenta, y varias fuentes confirman, que el 8 de febrero de 1807, Napoleón, mientras recorría el campo de batalla tras la pírrica victoria en Eylau contra los rusos, contempló los miles de cadáveres que sembraban el escenario de lo que había sido una matanza de magnitudes pavorosas (además de inútil, como todas las carnicerías) y comentó: «*Une nuit de Paris réparerait tout cela*» («Todo esto lo remedia una noche de París»), en referencia a la capacidad de procrear de los parisinos, que, con patriótico celo, engendrarían en una noche carne de cañón suficiente para la próxima matanza. Se ha considerado el comentario una imperdonable demostración de cinismo y perversidad (de falta de «empatía», se diría hoy), pero, si de cinismo se trata, sería un cinismo *contable*: lo que hace Napoleón ante el mar de cadáveres es... calcular (verbo que tanto gusta a los personajes de Balzac) cuánto tardará en reemplazarlos. Atina Sánchez Ferlosio cuando apunta, refiriéndose al comentario de marras: «No en vano las sucesivas generaciones de soldados que van al matadero toman el nombre de “reemplazos”».

Pero hay otra parte de esa historia que contradiría —¿complementaría?— la escalofriante insensibilidad del comentario. Se cuenta que Napoleón habría quedado

tan afectado por la masacre que decidió permanecer ocho días en el campo de batalla para asegurarse de que se hacía todo lo posible por los heridos de todos los bandos (anécdota que recoge en parte Balzac en *El coronel Chabert*), y, en una carta del 14 de febrero —apenas una semana después de la barbarie—, le escribía a Josefina: «Querida mía, sigo en Eylau. El campo está cubierto de muertos y heridos. Es la peor cara de la guerra. Se me parte el corazón y mi alma sufre ante la visión de tantas víctimas».

¿Quién sabe? Como a los mejores personajes de *La comedia humana*, quizá lo que defina al hombre sea su ambigüedad irreductible, como él mismo intuye en uno de los fragmentos seleccionados por Balzac: «En el mundo no hay dicha ni desgracia absolutas: la vida de un hombre feliz es un cuadro con fondo de plata y estrellas negras; la de un infeliz, un fondo negro con estrellas de plata» [417]. En la paleta de colores de esa imagen se echa en falta, quizá, el rojo.

# MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

Selección y presentación de  
Honoré de Balzac

## PRESENTACIÓN

El autor de este trabajo debe confesar que su único mérito consiste en la paciencia con que, durante algunos años, ha revisado los libros a disposición del público dedicados a Napoleón, la colección del *Moniteur* y los escritos más insignificantes en que quedó constancia de las palabras de este gran soberano. Otro de sus méritos es haberse dado cuenta de la importancia de la obra que iba a resultar, que es a Napoleón lo que los Evangelios son a Jesucristo. En efecto, este libro, que será para muchos un tesoro, habría perdido su valor si se hubieran publicado indistintamente todos los pensamientos de Napoleón. Es evidente que La Rochefoucauld no nos ofreció todas las máximas que le sugirieron los acontecimientos y sus meditaciones, sino que seleccionó, estudió, sopesó y comparó las que nos brindó; Napoleón, por su parte, no imaginó nunca la posibilidad de formular una suma doctrinal. El subteniente habló sin conocer al primer cónsul; el emperador pensó a menudo sin prever su destierro en Santa Elena. Separar al hombre de su circunstancia y captar su auténtico pensamiento entre las contradicciones a las que le condujeron los azares de su vida no ha sido, pues, una tarea corriente.

La selección no permitía dudas. Napoleón fue una de las voluntades más violentas conocidas en los anales de la dominación humana; por tanto, lo único curioso que podía darse en él eran las leyes por las que construyó y mantuvo su poder.

Sin embargo, como desde su punto de partida hasta el de su llegada y del trono a la tumba recorrió en dos ocasiones y en dos sentidos distintos todas las situaciones sociales —pudiendo así verlas en su totalidad y observarlas por entero—, siempre que nos pareció que una palabra suya ilustraba profundamente ciertos pasajes de la vida humana la incluimos en la selección, por más ajena que fuera a su política. De ese modo, cada cual, tanto si es grande como pequeño, hallará aquí algo para su propio uso, pues este pensamiento tan agudo como una espada ha sondeado todas las profundidades. El partidario del Terror de 1793 y el general en jefe fueron absorbidos por el emperador; el gobernante desmintió a menudo al gobernado. Pero las palabras que le arrancaron las distintas crisis, y que chocan unas con otras, revelan de manera admirable la gran lucha que se vio condenado a librar. A menudo también, una sola frase de esta antología pinta ciertas fases de su vida y numerosos fragmentos de la historia contemporánea mucho mejor de como lo han hecho hasta ahora los historiadores.

El libro de una persona que piensa después de ocurridos los hechos, ¿podrá tener jamás el valor del grito de quien ha sido herido en el corazón? ¡Qué poesía encierra el dolor de Napoleón!

No obstante, ha sido necesario podar varios pensamientos que compartió con otros grandes hombres que le precedieron en política, y otros más cuya vulgaridad no quedaba eliminada en virtud de su nombre. Hemos ofrecido, sin embargo, los que el emperador repitió lo bastante a menudo como para imprimirles la marca de las

circunstancias; siendo así, ¿no explican acaso su genio, sus opiniones o su poderío?

Las masas verán este libro como una aparición; el alma del emperador pasará ante sus ojos. Pero para algunos espíritus selectos será la historia de Napoleón en fórmula algebraica; en él se verá al hombre en abstracto, la Idea en lugar del Hecho. Una de las cosas más singulares del destino de este hombre pudiera ser que, tras haber luchado con tanto vigor contra las manifestaciones del pensamiento, acabe siendo un libro y nada más. Esta recopilación de axiomas será, sobre todo, el código del poder amenazado; en materia de gobierno, nadie tuvo mejor instinto para el peligro que Napoleón. Hay que reconocerle en justicia que fue franco y no retrocedió ante ninguna consecuencia; glorificó la acción y condenó el pensamiento. Tal es, en pocas palabras, el espíritu de este testamento político. Por tanto, muchas de estas máximas parecerán maquiavélicas, crueles y falsas, y serán condenadas por mucha gente que, en sí mismas, las considerarán justas y aplicables. No está de más observar que Napoleón no se contradijo nunca en su odio contra los abogados, los idealistas y los republicanos. Su opinión sobre ellos equivale a una prohibición del debate público en asuntos de gobierno.

No tenemos que tomar aquí partido a favor o en contra de la experiencia legada a Francia por este gran hombre: a nadie corresponde defender o acusar a Napoleón; basta con hacer que comparezca ante nosotros: su pensamiento es toda una legislación, que será rechazada o adoptada pero que debía sacarse a la luz en su fórmula más sucinta; todos comprenderán que contiene los secretos del máximo organizador de la época moderna. Aunque contradice de manera directa el espíritu de la Francia actual, esta fuerte contradicción ha sido un motivo más para publicarla. Napoleón consideró inaceptable un gobierno que rindiera cuentas y juzgó incompatibles la libertad de prensa y la existencia del poder: ¡qué elogio a los reyes y ministros que iban a resolver un problema que él declaró insoluble!

Nos queda por decir una palabra sobre las divisiones introducidas por nosotros en esta masa de pensamientos, sobre cuya conveniencia esperamos un juicio favorable.

Hemos creído posible identificar las máximas e ideas concebidas por Napoleón antes del 18 del mes de Brumario, es decir, el periodo en que fue republicano o ciudadano, súbdito o sometido a un poder reconocido por él.

Tras esta primera sección, hemos reunido todos los pensamientos relativos al arte militar, que fue el secreto de su encumbramiento y el motor de su imperio.

La tercera parte contiene todas las ideas del soberano y las que debieron de sugerirle el ejercicio del poder o su organización.

Finalmente, la cuarta parte consta de todo aquello que le dictaron la experiencia y la desgracia, es el grito del moderno Prometeo.

Si Napoleón resulta notable en política, es debido a sus previsiones sobre el estado de Europa. Hoy, sus mayores enemigos, o quienes procuraron rebajarlo, no podrían menos de admitir que la mirada de águila con que abarcaba los campos de batalla alcanzó también a los campos más extensos de la política: en la actualidad se

ha cumplido la mayor parte de sus dictámenes acerca de los acontecimientos futuros de Europa y el mundo; en cuanto a los demás, los espíritus superiores no dudan de que vayan a cumplirse. Si hemos ofrecido el retrato de Castlereagh que aparece al final del libro es por no omitir nada de los pensamientos expresados por Napoleón acerca del futuro de Inglaterra. Debemos señalar que, al hablar de aquel hombre, Napoleón abandonó el tono de moderación con que juzgó fríamente, con todos los rasgos de la justicia y la verdad, a sus mayores enemigos; en su furia contra Castlereagh hay, no obstante, un componente nacional. Napoleón era eminentemente francés. Wellington es un accidente; Bathurst, un hombre inepto y vil al que desprecia; pero Castlereagh es Inglaterra en su totalidad, el enemigo de Francia: cada vez que Napoleón pone al descubierto sus errores cuando triunfa, expresa una triste alegría: ve el futuro cargado de su venganza; indica dónde y cómo perecerá Inglaterra. Los propios ingleses han debido de reconocer la perspicacia de este gran genio; su gobierno ha girado hasta hoy en el círculo fatal en que lo encerró Napoleón. De ese modo, Francia puede decir con orgullo que Napoleón sigue combatiendo a Inglaterra desde su tumba.

HONORÉ DE BALZAC

## EL REPUBLICANO Y EL CIUDADANO

- 1 En Europa hay sólo dos clases: la que quiere privilegios y la que los rechaza.
- 2 Si la obediencia nace del instinto de las masas, la rebelión es el resultado de su reflexión.
- 3 La revolución es una opinión que ha descubierto las bayonetas.
- 4 La revolución es un círculo vicioso: parte del exceso para volver a él.
- 5 Los jóvenes llevan a cabo las revoluciones preparadas por los viejos.
- 6 Jesucristo es el mayor republicano.
- 7 En la revolución se olvida todo.
- 8 Pitt fue el banquero de la guerra civil francesa y de la revolución.
- 9 Las leyes de la mayoría de los países están hechas para oprimir al desgraciado y proteger al poderoso.
- 10 Robespierre fue en muchos sentidos una persona honrada.
- 11 Es raro que una gran asamblea razone; se apasiona demasiado pronto.
- 12 Los clubes no soportan jefes duraderos; necesitan uno para cada pasión.
- 13 Los crímenes colectivos no comprometen a nadie.
- 14 Toda asamblea tiende a convertir al soberano en un fantasma, y al pueblo en un esclavo.
- 15 Las grandes asambleas se reducen a camarillas y las camarillas, a una persona.
- 16 El pueblo es capaz de juzgar cuando no escucha a quienes declaman: los abogados nunca salvarán nada y siempre echarán todo a perder.
- 17 Si Luis XVI hubiese comparecido ante un tribunal contrarrevolucionario, habría sido condenado.
- 18 Cuando Luis XVI fue llevado a juicio, debería haberse limitado a decir que su persona era sagrada según las leyes, y haberse mantenido en ello. No le habría salvado la vida, pero habría muerto como rey.
- 19 Carlos I pereció por haber resistido; Luis XVI, por no resistir. Ni uno ni otro comprendieron la fuerza de la inercia, que es el secreto de los grandes reinados.
- 20 Un príncipe acusado por sus súbditos no tiene por qué justificarse.
- 21 Quienes se vengan por cuestión de principios son feroces e implacables.
- 22 Todos los partidos son jacobinos.
- 23 Los revolucionarios del gorro frigio fueron más lejos que la monarquía en el ejercicio del poder absoluto.
- 24 Sin justicia sólo hay opresores y víctimas, y durante las revoluciones nunca

- puede haber justicia.
- 25 Hoy la gente se pervierte incluso ejerciendo la opresión.
- 26 Durante la Revolución, los franceses nunca dejaron de tener un rey.
- 27 Robespierre es un proceso sentenciado sin vista previa.
- 28 En el momento de la Revolución, todo se presentó a concurso entre treinta millones de personas.
- 29 Las guerras de la Revolución ennoblecieron a toda la nación francesa.
- 30 En las revoluciones sólo hay dos tipos de gente: la que las hace y la que se beneficia de ellas.
- 31 La virtud primera es la entrega a la patria.
- 32 La aristocracia latifundista sólo fue buena y posible en el sistema feudal.
- 33 La aristocracia se halla en el Antiguo Testamento; la democracia, en el Nuevo.
- 34 El código que rige la salud de las naciones no es el de los particulares.
- 35 Los sentimientos son, en su mayoría, tradiciones.
- 36 La nobleza hereditaria impide la emulación entre nobles y burgueses.
- 37 La persona menos libre es la que se adhiere a un partido.
- 38 Recurrir a los extranjeros es un acto criminal.
- 39 Un partido que sólo se sostiene apoyándose en las bayonetas extranjeras es un partido vencido.
- 40 En Francia, la libertad está en la Constitución y la esclavitud, en la ley.
- 41 Nunca habrá revolución social sin terror.
- 42 No hay pasión más fuerte que la ambición de dominar los espíritus.
- 43 Cada hora perdida en la juventud es una posibilidad de desgracia en el futuro.
- 44 Una gran reputación es un gran ruido: cuanto más suena, más se extiende. Todo cae: las leyes, las naciones, los monumentos, pero el ruido permanece.
- 45 Quien practica la virtud con la sola esperanza de adquirir una gran fama se halla muy cerca del vicio.
- 46 El ser humano sólo deja huella en la vida dominando su carácter o adquiriéndolo.
- 47 Todos los métodos han de caracterizarse por ayudar a la concepción, facilitar el recuerdo y dar más poder al pensamiento.
- 48 La desgracia es la comadrona del genio.
- 49 Las almas fuertes rechazan la voluptuosidad como los navegantes evitan los escollos.
- 50 El hombre superior es impasible; no importa que le alaben o critiquen: él nunca se detiene.

- 51 No hay fuerza sin maña.
- 52 En Francia sólo se admira lo imposible.
- 53 Es más seguro ocupar a los hombres en los asuntos absurdos que en las ideas justas.
- 54 Sólo creemos lo que nos agrada creer.
- 55 En un ámbito reducido, los grandes hombres son un batiburrillo.
- 56 Para que nos crean, debemos hacer increíble la verdad.
- 57 La mujer hermosa deleita la vista; la mujer buena, el corazón. La primera es una joya; la segunda, un tesoro.
- 58 La nobleza habría subsistido si se hubiese interesado más por las ramas que por las raíces.
- 59 La mayoría de quienes no desean ser oprimidos quiere oprimir.
- 60 En ciencia está por descubrir el mundo de los detalles.
- 61 ¡Cuántos hombres sólo son culpables por su debilidad para con sus mujeres!
- 62 En los asuntos públicos están de sobra las pasiones y los prejuicios; el único requisito es el bien común.
- 63 Un hombre sin valentía ni arrojo es una simple cosa.
- 64 El hábito de las acciones más violentas recurre menos al corazón que a las abstracciones: vale más un militar que un abogado.
- 65 Noventa y cinco de cada cien favoritos de los reyes acabaron en la horca.
- 66 El amor es una necesidad cometida por dos personas.
- 67 La nobleza habría pervivido si hubiese sabido adueñarse de la escribanía.
- 68 La temeridad triunfa tantas veces como fracasa; en la vida hay, según ella, igualdad de oportunidades.
- 69 Europa es una topera. Los grandes imperios sólo se han dado en Oriente, donde viven seiscientos millones de personas.
- 70 La superioridad de Mahoma consiste en haber fundado una religión que prescinde del infierno.
- 71 En Egipto, cuando la administración es buena, el Nilo se impone al desierto; cuando es mala, el desierto se impone al Nilo. El genio del bien y el del mal están siempre presentes en aquel país; todo Egipto consiste en eso.
- 72 El desierto es un océano inmóvil.
- 73 Si hubiese tomado San Juan de Acre, habría provocado una revolución en Oriente.
- 74 Se puede matar a los turcos, pero no vencerlos.
- 75 Sólo hay dos países: Oriente y Occidente; y dos pueblos: los orientales y los

occidentales.

- 76 Soy de los que creen que las penas del otro mundo han sido imaginadas únicamente como complemento a los insuficientes encantos que, según se nos cuenta, existen allí.
- 77 Las personas que han cambiado el mundo no lo han hecho nunca dirigiéndose a los jefes sino agitando a las masas. El primer medio equivale a intrigar y sólo produce resultados accesorios. El segundo constituye la marca del genio y altera la faz del mundo.
- 78 Sólo hay dos palancas para mover a la gente: el miedo y el interés. Cualquier revolución importante debe recurrir al miedo; poner en juego los intereses no conduce a grandes resultados.

*(Este pensamiento es, en cierto modo, la demostración del número 41)*

- 79 La frontera del gobierno democrático es la anarquía; la del gobierno monárquico, el despotismo. La anarquía es impotente; el despotismo puede realizar grandes cosas.
- 80 Con monarquías viejas no se construyen buenas repúblicas.
- 81 Hay tantas leyes que nadie está exento de que le ahorquen.
- 82 Los partidos se debilitan por su miedo a las personas capaces.
- 83 Aunque los agresores estén equivocados allá en lo alto, tienen razón en este mundo.
- 84 Sólo está bien hecho lo que hace uno mismo.
- 85 En Francia, la salvación de todos se encuentra en la eliminación de los partidos.
- 86 Discutir en situaciones de peligro es echarse una carga al cuello.
- 87 Hay que salvar a los pueblos a su pesar.
- 88 El hombre superior no marcha por caminos ajenos.
- 89 En el peligro sacamos lo mejor de nosotros mismos.
- 90 El único medio de fundamentar algo ha sido el sable.
- 91 Nunca ascendemos tan alto como cuando ignoramos adónde vamos.
- 92 Decir de dónde vengo, quién soy o adónde voy es superior a mis ideas; y sin embargo, todo eso existe.
- 93 La única manera de conducir al pueblo es mostrarle un futuro; los jefes son mercaderes de esperanzas.
- 94 El éxito es el mayor orador del mundo.
- 95 La necesidad sólo se puede vencer mediante un poder absoluto.
- 96 Seré el Bruto de los reyes y el César de la república.

- 97 Quien salva a su patria no viola ley alguna.
- 98 Una revolución está hecha cuando, para concluirla, basta con deshacerse de una sola persona.
- 99 Nada funciona en un sistema político en el que no hay acuerdo entre las palabras y las cosas.
- 100 El éxito es lo que hace grande a un hombre.

## EL ARTE MILITAR

- 101 La guerra es un estado natural.
- 102 La frialdad es la cualidad más grande de un hombre destinado a mandar.
- 103 El arrojo es una cualidad innata; no se consigue, proviene de la sangre. La valentía nace del pensamiento; a menudo, el arrojo es sólo la impaciencia ante el peligro.
- 104 Sólo somos valerosos para los demás.
- 105 La valentía no se simula; es una virtud que elude el fingimiento.
- 106 La valentía ante lo imprevisto, que a pesar de los sucesos más repentinos deja, no obstante, libertad de espíritu, juicio y decisión, es sumamente rara.
- 107 Francia está donde esté su bandera.
- 108 La primera cualidad del soldado es la constancia para soportar la fatiga; el valor es sólo la segunda.
- 109 El mejor soldado no es tanto el que combate como el que marcha.
- 110 Las privaciones y la miseria son los verdaderos maestros del soldado.
- 111 El soldado es la persona más sensible a los favores.
- 112 Para los valientes, el fusil no es más que el mango de una bayoneta.
- 113 Hay cinco cosas que el soldado no debe abandonar nunca: el fusil, los cartuchos, la mochila, los víveres para cuatro días, al menos, y su herramienta de zapador.
- 114 Nadie buscará un galón en el campo de batalla si puede conseguirlo en una antesala.
- 115 La única disciplina duradera es la que se ajusta al carácter de la nación.
- 116 En la guerra, el genio es el pensamiento aplicado a la acción.
- 117 La guerra es sobre todo cuestión de tacto.
- 118 La guerra es una lotería en la que las naciones sólo deben arriesgar pequeñas puestas.
- 119 El uniforme hace al hombre.
- 120 Los hombres que mejor se entienden son los soldados y los sacerdotes.
- 121 La única manera honorable de ser hecho prisionero de guerra consiste en que nos apresen solos y sin haber podido utilizar las armas; en ese caso no hay condiciones, somos víctimas de la necesidad.
- 122 Un general en poder del enemigo no tiene que dar ya órdenes a quienes siguen combatiendo.
- 123 Autorizar a capitular a los oficiales e, incluso, a los generales sorprendidos o

cercados es totalmente contrario a la buena política, excepto en el caso de una guarnición asediada. En general, hay que combatir siempre, incluso cuando todo parece desesperado.

- 124 En la guerra, cualquier comandante que rinda su plaza un momento antes de verse obligado a hacerlo merece la muerte.
- 125 Nada refuerza tanto a un batallón como el éxito.
- 126 La ciencia militar es el cálculo de las masas en unos puntos dados.
- 127 En la guerra, la audacia es el cálculo más hermoso del genio.
- 128 En la guerra hay que apoyarse en los obstáculos para superarlos.
- 129 La imaginación hace perder las batallas.
- 130 Los generales deben ser embaucadores.
- 131 Hay hombres que por su constitución física y moral se pierden en los detalles de cualquier cosa: por más saber, valor e ingenio que posean, la naturaleza no les ha llamado a mandar un ejército.
- 132 La actitud de un general querido vale más que la mejor arenga.
- 133 Un ejército es un pueblo que obedece.
- 134 Un ejército que no se cree por reclutamiento acabará capitulando.
- 135 Un ejército debe estar siempre dispuesto a oponer toda la resistencia de que sea capaz.
- 136 En la guerra, como en el amor, para llegar al final hay que verse de cerca.
- 137 En la guerra, la teoría es buena para dar ideas generales, pero la ejecución estricta de las reglas será siempre peligrosa: la curva se debe trazar en función de los ejes.
- 138 Sólo hay dos tipos de planes de campaña: los buenos y los malos. Los buenos fracasan casi siempre debido a las circunstancias imprevistas, que a menudo proporcionan el éxito a los malos.
- 139 ¡Ay del general que llega al campo de batalla con un sistema!
- 140 Quien no contemple el campo de batalla con los ojos secos provocará inútilmente la muerte de muchos hombres.
- 141 Al iniciar una campaña hay que meditar bien si se debe avanzar o no; pero una vez llevada a cabo la ofensiva, habrá que mantenerla hasta el último extremo. Sea cual fuere la habilidad de las maniobras con que se realice, una retirada debilitará la moral del ejército, pues al perder las oportunidades de éxito se dejan en manos del enemigo. Por lo demás, las retiradas cuestan muchos más hombres y material que los enfrentamientos más cruentos, con la diferencia de que en una batalla el enemigo pierde casi tanto como nosotros mismos, mientras que en la retirada perdemos sin que él pierda.
- 142 Un general en jefe debe decirse varias veces al día: «¿Qué haría yo, si el

ejército enemigo apareciese al frente, a la derecha o a la izquierda?». Y si se siente confuso, significará que está mal situado, no se halla en la forma debida y debe remediarlo.

- 143 En un ejército, es necesario que la infantería, la caballería y la artillería mantengan proporciones justas: las armas no son intercambiables; por cada mil hombres y una caballería equivalente a un cuarto de la infantería serán necesarias siempre cuatro piezas de artillería.
- 144 Un principio absoluto: no realizar nunca marchas de flanco ante un ejército en posición.
- 145 La fuerza de un ejército, como la cantidad de movimientos en mecánica, se evalúa en función de la masa multiplicada por la velocidad. Una marcha rápida aumenta la moral del ejército e incrementa sus posibilidades de victoria.
- 146 Una pieza de artillería debe realizar trescientos disparos; es el consumo de dos batallas.
- 147 Hay casos en que gastar hombres significa economizar sangre.
- 148 La infantería es el alma del ejército.
- 149 La infantería debe disparar contra la caballería desde cierta distancia en vez de esperarla para hacerlo a quemarropa.
- 150 En el estado actual de la composición de la infantería, hay que dar más solidez a la tercera línea o suprimirla.
- 151 El secreto de las grandes batallas consiste en saber esperar y concentrarse oportunamente.
- 152 Los principios de César fueron los de Aníbal, y los de Aníbal habían sido los de Alejandro: mantener reunidas las propias fuerzas, no ser vulnerable en ningún punto y trasladar con rapidez todas las fuerzas propias a un punto dado.
- 153 Cuando se cuenta con un ejército inferior, el arte de la guerra consiste en tener siempre más fuerzas que el enemigo en el punto en que se ataca o se es atacado.
- 154 La infantería y la caballería no conducen por sí solas a resultados definitivos, pero con la ayuda de la artillería y estando las fuerzas igualadas, la caballería debe destruir a la infantería.
- 155 La artillería lo es todo, tanto en una batalla como en un asedio: una vez trabado el combate, el arte consiste en hacer converger un fuego nutrido en un mismo punto sin que el enemigo pueda preverlo.
- 156 Un ejército debe mantener siempre, por principio, sus columnas reunidas de modo que el enemigo no pueda introducirse entre ellas; si por razones de fuerza mayor se abandona esta regla, es necesario que los cuerpos destacados sean independientes en sus operaciones y se dirijan a un punto fijo, hacia el que han de converger sin dudar y sin necesidad de nuevas órdenes.

- 157 El arte de instalar un campamento en una posición se reduce al de adoptar en ella una línea de batalla. Es necesario que la posición tomada no esté dominada, no sea alargada ni quede encerrada sino que, al contrario, domine, provoque alargamientos y envuelva la posición contraria.
- 158 En vísperas de un ataque no hay que retirar nunca nada del ejército; todo puede cambiar de un momento a otro: un batallón decide un hecho de armas.
- 159 En campaña, ningún jefe debe dormir en una casa y sólo debe haber una tienda: la del general en jefe, en razón de sus mapas.
- 160 El máximo peligro se da en el momento de la victoria.
- 161 A enemigo que huye, puente de oro o muro de acero.

*(1813, Asunto Vandamme)*

- 162 La política y la moral coinciden en rechazar el saqueo.
- 163 El único cambio posible para los ejércitos modernos consiste en suprimir los medios administrativos: almacenes, hornos, furgones y bagajes, asuntos todos ellos que preocuparon mucho a los antiguos.
- 164 La gran revolución que hay que introducir en el arte militar derivará del medio que se descubra para hacer que los soldados carguen con la mayor cantidad de harina posible y los medios para cocerla, una cuestión que siempre preocupó a César.
- 165 La artillería sigue siendo demasiado torpe, demasiado complicada; aún quedan cosas por simplificar y reducir.
- 166 La amabilidad y el trato correcto honran al vencedor y deshonoran al vencido, que ha de procurar mantenerse aparte y no deber nada a la piedad.

*(1798, Carta a Kléber)*

- 167 La pérdida de batallas navales se debe, en nuestro caso, al carácter de los generales en jefe, a defectos de táctica y a la opinión de los capitanes, que creen que sólo tienen que actuar ateniéndose a las señales.
- 168 La primera ley de táctica marítima debe ser que, en cuanto el almirante haya dado la señal de acometida, cada capitán realice los movimientos para atacar a un navío enemigo y apoyar a sus vecinos.
- 169 Si un ejército llega alguna vez a introducirse en Inglaterra, Londres no podrá resistir ni una hora.
- 170 Aníbal forzó los Alpes; yo los rodeé en mi primera ocasión.
- 171 Los alemanes y los austriacos no conocen el valor del tiempo.
- 172 Sólo se encuentra gente intrépida entre quienes tienen algo que perder.
- 173 El peligro da vida a los franceses.
- 174 En Pavía, Francisco I tenía una artillería excelente y formidable; colocó

delante su caballería y camufló sus baterías, que, de haber disparado, le habrían proporcionado la victoria. No tuvo en cuenta el principio según el cual un ejército debe ofrecer siempre toda la resistencia de que es capaz.

175 Mi mejor campaña fue la del 20 de marzo: no se disparó ni un solo tiro de fusil.

## EL SOBERANO Y EL ORGANIZADOR

- 176 La igualdad sólo existe en teoría.
- 177 El nombre y la forma de gobierno no significan nada, con tal de que los ciudadanos sean iguales en derechos y se imparta bien la justicia.
- 178 Bien mirado, la libertad política es una fábula aceptada de común acuerdo e imaginada por los gobernantes para adormecer a los gobernados.
- 179 Aunque la ley social otorgue a todos los hombres idénticos derechos, la naturaleza no les concederá nunca facultades iguales.
- 180 La monarquía se basa en la desigualdad de condiciones inherente a la naturaleza; y la república, en ese imposible que es la igualdad.
- 181 El pueblo no elegirá nunca verdaderos legisladores.
- 182 El poder absoluto reprime las ambiciones y las selecciona; la democracia las desencadena sin excepción y sin examen.
- 183 La democracia nutre la soberanía, pero sólo la aristocracia la conserva.
- 184 Los usurpadores han tenido demasiados maestros como para no comenzar siendo absolutistas.
- 185 Nada debe parecerse menos a un ser humano que un rey.
- 186 En el sistema de poder absoluto, basta una voluntad para destruir un abuso; en el sistema asambleario hacen falta quinientas.
- 187 El fundamento de toda autoridad se halla en el provecho de quien obedece.
- 188 En última instancia, para gobernar, hay que ser militar. Los caballos sólo se rigen con botas y espuelas.
- 189 El despotismo absoluto no existe, sólo es relativo: el exceso se derrama por uno u otro lado; lo que el océano invade en una parte, lo pierde en otra.
- 190 El poder absoluto debe ser esencialmente paternal; de lo contrario, será derrocado.
- 191 La mejor cadena entre el pueblo y el príncipe es la felicidad.
- 192 Cuando en política hay un dueño, la propia expresión de Derechos del Pueblo es un crimen.
- 193 Toda persona que posea treinta millones y no se sienta ligado a ellos es un peligro para cualquier gobierno.
- 194 Un soberano sólo debe prometer lo que quiere cumplir.
- 195 El gobierno sólo puede vivir de su príncipe.
- 196 Lo que constituye la fuerza de un gobierno es la unanimidad de intereses.
- 197 La buena política consiste en hacer creer a los pueblos que son libres; el buen

- 198 La soberanía sólo debe mostrarse en plena actividad, otorgando gracias y apareciendo libre de debilidades.
- 199 Para los fundadores de imperios, los seres humanos no son personas sino instrumentos.
- 200 La tortura de tomar precauciones es superior a los peligros que se pretenden evitar: es mejor abandonarse al destino.
- 201 El príncipe que tiene miedo puede ser derrocado en cualquier momento.
- 202 Un soberano obligado a respetar la ley puede llegar a presenciar la muerte de su Estado.
- 203 La popularidad se puede perder tanto por un pecadillo como por un gran golpe de Estado; cuando se conoce el arte de reinar, sólo se arriesga el crédito en presencia de buenas garantías.
- 204 Un gobierno recién nacido debe fascinar.
- 205 Las poblaciones necesitan fiestas bulliciosas; los necios aman el ruido, y la multitud está formada por necios.
- 206 La conciencia del jefe de Estado consiste en prever los hechos; en el momento en que se muestra como un gran benefactor, se le acusa de tiranía.
- 207 Prestar oído a los intereses de todos es propio de un gobierno ordinario; preverlos es propio de un gran gobierno.
- 208 En la restauración de un Estado, todo se encadena. Vincular las facciones transformando sus pasiones en intereses comunes sería un logro escaso; si a esos intereses no se unen los vecinos, sólo se habrá realizado la mitad de la tarea. Para ser dueño en la propia casa, no hay que temer ser procesado por un asunto de muros medianeros.
- 209 Las Cámaras son buenas para obtener del pueblo lo que el rey no le puede pedir.
- 210 El soberano debe dedicarse a buscar el bien existente en el mal, y viceversa.
- 211 Los jefes de Estado no tienen que ser jefes de partido.
- 212 El auge de los soberanos depende del de sus pueblos.
- 213 Un gran soberano es el que prevé los resultados en todo momento.
- 214 El soberano que se adhiere a una facción hace escorar la barca y acelera el naufragio.
- 215 Las naciones viejas y corrompidas no se gobiernan como los pueblos antiguos: hoy en día, por uno que se sacrifica, hay miles que sólo conocen sus intereses y su vanidad. El secreto del legislador y del soberano consiste en sacar partido a los vicios que deben regir; ahí reside uno de los secretos de la vuelta a las cruces y las condecoraciones. En el punto en que nos hallamos, las distinciones nos obligan a respetarnos a nosotros mismos al satisfacer nuestra

vanidad.

- 216 El honor representa para los soberanos un fisco moral.
- 217 Las milicias de palacio son tanto más peligrosas cuanto más absoluto es el soberano.
- 218 Una ley de conveniencia es un acta de acusación contra el poder.
- 219 El gobierno debe ser un acto de demostración continua.
- 220 Transigir envilece el poder.
- 221 Los gobiernos sólo deben ver a las personas como masa.
- 222 Es absolutamente necesario que, al salir de una revolución, el gobierno sea duro.
- 223 En todos los actos públicos se requiere fuerza, coherencia y unidad.
- 224 El jefe de un Estado debe hacer que hasta el mal contribuya al triunfo de los asuntos públicos.
- 225 Con suerte, se puede hacer que un pueblo sea glorioso; para hacerlo feliz se requiere mucha constancia.
- 226 Hace falta más carácter para administrar que para guerrear.
- 227 La etiqueta es la prisión del rey.
- 228 Los gobiernos formados por elementos heterogéneos no son duraderos.
- 229 Hay personas que sólo se portan bien con sus enemigos.
- 230 No me gusta que se aparente despreciar la muerte; la ley suprema consiste en saber soportar lo inevitable.
- 231 Al aplicar las leyes hay que saber calcular los valores improductivos.
- 232 Es posible no creer lo suficiente como para no creer que comulgar puede ser beneficioso; y creer demasiado como para no exponerse, sin más, a un sacrilegio.

*(Con motivo de la coronación)*

- 233 La susceptibilidad de un gobierno es su debilidad.
- 234 Un trono no es más que una tabla guarnecida de terciopelo.
- 235 Sobre los bajos fondos hay una especie de red que envuelve a las multitudes; para que aflore algo es necesario que se rompa la malla.
- 236 El interés del Estado se impone antes o después a las pequeñas pasiones.
- 237 En asuntos de gobierno suele ocurrir que, con la ayuda de alguna regularización, un principio erróneo lleve a un resultado verdadero.
- 238 Los bienhechores exigen de ordinario más de lo que han dado.
- 239 El soberano no debe fiarse ni de las palabras ni de las apariencias.

- 240 La estadística es el presupuesto de las cosas.
- 241 La separación entre la Hacienda y el Ministerio de Finanzas es la auténtica especialización, la única posible.
- 242 Para que un pueblo sea libre haría falta que los gobernados fueran sabios, y los gobernantes dioses.
- 243 Los conspiradores que se unen para derribar una tiranía comienzan sometiéndose a la de un jefe.
- 244 Si pudieran renunciar a su jefe extranjero, los religiosos serían el mejor cuerpo docente.
- 245 La arbitrariedad del juez sólo se puede eludir sometiéndose al despotismo de la ley.
- 246 La moral constituye por sí sola todo un código.
- 247 Para influir en las deliberaciones de los príncipes hay que herirles en su amor propio.
- 248 Nadie puede decir qué hará en sus últimos momentos.
- 249 Un jefe de Estado no debe estar más dispuesto a abandonar el gobierno de las ideas que el de las personas.
- 250 Desde la invención de la imprenta se apela a la Ilustración para reinar, y sólo se reina para esclavizarla.
- 251 Si la ciencia estuviera guiada por la mano del poder, alcanzaría grandes resultados para la sociedad.
- 252 Hay revoluciones inevitables. Son erupciones morales, como las erupciones físicas de los volcanes. Cuando se han completado las combinaciones químicas que las producen, estallan al igual que lo hacen las revoluciones una vez dadas las combinaciones morales: para prevenirlas es necesario vigilar el movimiento de las ideas.
- 253 No hay ideal que no contenga un residuo beneficioso.
- 254 El soberano debe confiscar siempre la publicidad en provecho propio.
- 255 La idea ha causado más daño que los hechos; es la enemiga fundamental de los soberanos.
- 256 Las conspiraciones materiales se paralizan cuando se sujeta la mano que sostiene el puñal; las morales no concluyen nunca.
- 257 Los libros clásicos han sido compuestos por retóricos, pero deberían haber sido escritos únicamente por hombres de Estado o gentes de mundo.
- 258 El pueblo que puede decirlo todo, llega a hacer cualquier cosa.
- 259 Los periódicos deberían reducirse a pequeños carteles.
- 260 Los libros inducen a razonar demasiado como para no corromper a una nación al hacerle perder la costumbre de actuar.

- 261 Los grandes escritores son personas apreciadas que dicen necesidades seniles.
- 262 Un libro que no contuviese mentiras sería un libro curioso.
- 263 Los tontos no pasan de ser aburridos; los pedantes son insoportables.
- 264 Todo el mundo quiere que los gobernantes sean justos, y nadie es justo con ellos.
- 265 De un filósofo no se puede obtener nada.
- 266 El ateo es mejor súbdito que el fanático: aquél obedece, éste mata.
- 267 Los soberanos deben perdonar las faltas y no olvidarlas jamás.
- 268 Se gobierna mejor a las personas por sus vicios que por sus virtudes.
- 269 La gente agradece las sorpresas; la felicidad, en cambio, parece algo que les es debido.
- 270 Las personas de bien son tan calmosas y los bribones tan vivos que a menudo es necesario emplear a éstos.
- 271 Si desenmascaras a un bribón, actuará como una persona honrada.
- 272 Hay bribones lo bastante bribones como para comportarse como personas de bien.
- 273 En política, los hombres jóvenes valen más que los viejos.
- 274 El mejor medio de mantener la palabra es no darla nunca.
- 275 La expresión «virtud política» es un sinsentido.
- 276 El príncipe debe sospecharlo todo.
- 277 A los Estados les va mejor manteniendo en sus puestos a ministros mediocres que cambiándolos a menudo, aunque se recurra a personas de gran inteligencia.
- 278 Los volcanes teológicos se calman con agua y no echando leña al fuego.
- 279 Un incidente no tiene por qué gobernar la política; al contrario, corresponde a la política gobernar los incidentes.
- 280 La indecisión de los príncipes es a los gobiernos lo que la parálisis a los movimientos de los miembros.
- 281 Se puede intentar un golpe de Estado para tomar el poder, nunca para consolidarlo, pues en ese caso se golpea al soberano.
- 282 En política, un absurdo no constituye un obstáculo.
- 283 La neutralidad consiste en tener igual peso y medida para todos; en política es una insensatez: siempre hay interés en que triunfe alguien concreto.
- 284 Hay que hacer caer en desgracia a quienes ya no se puede recompensar.
- 285 Temer la muerte es hacer profesión de ateísmo.
- 286 La Iglesia debe estar dentro del Estado, y no el Estado dentro de la Iglesia.

287 Los cirios que se encienden hoy a la luz del día iluminaron en otros tiempos las catacumbas.

*(En Notre-Dame, el día de la coronación)*

288 En política hay casos de los que sólo se puede salir cometiendo errores.

289 Las guerras inevitables son siempre justas.

290 Es más fácil hacer las leyes que ejecutarlas.

291 Más que descubrir, la policía inventa.

292 Es más fácil engañar que desengañar.

293 No hay poder más peligroso que una abstracción amparada por la fuerza pública.

294 El matrimonio no deriva de la naturaleza.

295 Con audacia se puede emprender cualquier cosa, pero no se puede hacer todo.

296 Interpretar la ley es corromperla; los abogados matan las leyes.

297 La aplicación de una ley mala presta más servicios que la interpretación de otra buena.

298 Aprendemos a conocernos dándonos de cabezazos unos contra otros.

299 Nada es más difícil de embridar que un pueblo que se ha sacudido las albardas.

300 Los tronos no se pueden restablecer ni consolidar a sablazos.

301 La única victoria sobre el amor es la huida.

302 ¿Quién sabe si los animales no poseen un lenguaje propio?

303 Las plantas son animales que comen y beben.

304 El interés sólo es la clave de las acciones vulgares.

305 Los asuntos interminables son aquellos que no encierran dificultades.

306 Los hombres que se envilecen no conspiran.

307 Hay vicios y virtudes de ocasión.

308 El soberano se equivoca siempre que habla en un arrebato de cólera.

309 ¿Cómo no ser bueno cuando se puede todo?

310 Es una necedad querer establecer legalmente la responsabilidad de los actos políticos.

311 Los curas deben ser jueces de paz naturales, los jefes morales de la población.

312 El cinismo en las costumbres es la perdición del cuerpo político.

313 Hay que cambiar de puesto, por principio, a autoridades y guarniciones; el interés del Estado exige que no haya plazas inamovibles: la idea de unidad sólo puede existir en un único lugar.

- 314 Hay ciertos tipos de faltas que no están al alcance de los tribunales, y en esta cuestión las leyes modernas han maniatado a los soberanos.
- 315 No se deben reprimir ni perseguir las faltas que no son perjudiciales.
- 316 Un imperio como Francia puede y debe tener algunos hospicios para locos llamados *cartujas*.
- 317 Los antiguos acumulaban las profesiones; nosotros las separamos.
- 318 Si la perfección no fuera quimérica, no tendría tanto éxito.
- 319 Quien recibe más imágenes en su memoria es el que posee más imaginación.
- 320 No hay leyes posibles contra el dinero.
- 321 Muchas cosas se desbaratan simulando no haberlas visto.
- 322 La política, que no puede ser moral, debe hacer que triunfe la moral.
- 323 Los hombres se modelan en función de la circunstancia.
- 324 Nada hay más imperioso que la debilidad que se siente apoyada por la fuerza.
- 325 La envidia es una confesión de inferioridad.
- 326 La perversidad no es nunca colectiva.
- 327 Hay que reconocer las debilidades humanas y plegarse a ellas más que combatirlas.
- 328 ¿Podemos discutir aquí abajo acerca de Dios?
- 329 La astucia no es siempre síntoma de debilidad.
- 330 La casación no es más que un proceso entre el fallo y la ley.
- 331 El perfecto cortesano debe despreciar a su ídolo y estar dispuesto siempre a hacerlo añicos.
- 332 Quien sabe adular sabe también calumniar.
- 333 Es muy difícil saber dónde acaba la cortesía y dónde empieza la adulación.
- 334 El dinero es más fuerte que el despotismo.
- 335 Las leyes circunstanciales son abolidas por la aparición de nuevas circunstancias.
- 336 En los asuntos del mundo, lo que salva no es la fe sino la desconfianza.
- 337 La diplomacia es la policía vestida de largo.
- 338 Hay mujeres de la vieja nobleza capaces de entregar su cuerpo a un plebeyo, pero no le descubrirán los secretos de la aristocracia; de la misma manera, las personas como Dios manda son los únicos embajadores posibles.
- 339 Los tratados se ejecutan mientras los intereses sean concordados.
- 340 Imponer condiciones demasiado duras es eximir a la gente de cumplirlas.
- 341 Un congreso es una ficción acordada entre diplomáticos; es la pluma de

Maquiavelo unida al sable de Mahoma.

- 342 Los viejos que conservan los gustos de los años jóvenes pierden en estima lo que ganan en ridiculez.
- 343 Las novelas son la historia de los deseos humanos.
- 344 El trabajo es la guadaña del tiempo.
- 345 No hay sucesos nimios para las naciones y los soberanos.
- 346 No es posible detener a los pueblos una vez lanzados.
- 347 El amor es la ocupación del hombre ocioso, la distracción del soldado y el tropiezo del soberano.
- 348 No hay que comprar un aliado dudoso a costa de otro fiel.
- 349 Los necios hablan del pasado, los sabios del presente y los locos del futuro.
- 350 Toda indulgencia con los culpables revela una connivencia.
- 351 El boato es al poder lo que el culto a la religión.
- 352 No es fácil obtener simplicidad de los técnicos: los formalistas del Consejo de Estado impedirán muchas simplificaciones.
- 353 La inquietud del ser humano es tal que tiene necesidad absoluta de las imprecisiones y misterios que le ofrece la religión.
- 354 Una nación religiosa se puede aplastar, pero no dividir.
- 355 Las constituciones sólo son buenas cuando se manipulan.
- 356 La demencia se caracteriza por la desproporción entre los fines y los medios.
- 357 El hombre de frente tersa no ha reflexionado nunca.
- 358 El comercio une a las personas; todo lo que las une, las asocia: el comercio es esencialmente perjudicial para la autoridad.
- 359 Toda asociación es un gobierno dentro del gobierno.
- 360 Los mendigos son monjes de segunda categoría.
- 361 La riqueza no consiste en poseer tesoros sino en usarlos.
- 362 La organización de las familias no deriva de un derecho natural: el matrimonio toma su forma de las costumbres.
- 363 En la cuestión del matrimonio, la familia oriental es totalmente distinta de la occidental; por tanto, la moral no es universal: el ser humano es el ministro de la naturaleza, y la sociedad se injerta en ella.
- 364 El matrimonio no es siempre la conclusión del amor; la mayoría de las jóvenes se casan para independizarse, para establecerse, y toman maridos que no les convienen en absoluto; la ley debe proporcionarles un recurso para el momento en que se den cuenta de que se han equivocado totalmente; pero esa facilidad no debe fomentar la ligereza ni la pasión: la mujer debe utilizar el divorcio una sola vez y no podrá volver a casarse hasta pasados cinco años. El

- divorcio debe ser imposible tras diez años de matrimonio.
- 365 Para ser feliz, el matrimonio exige un continuo intercambio de sudores.
- 366 Gall preexistía en sus expresiones proverbiales: «cabeza de chorlito», «cabeza cuadrada».
- 367 En la corte es un gran error no colocarse delante.
- 368 Las leyes claras en teoría son a menudo un caos cuando se aplican.
- 369 La distancia entre el talento y la sensatez es mayor de lo que pensamos.
- 370 La severidad previene más faltas de las que reprime.
- 371 Las buenas leyes han de ser siempre breves; si son largas, se convierten en reglamentos.
- 372 Lo que llamamos ley natural es sólo la ley del interés y de la razón.
- 373 Hay situaciones de crisis en las que el bien del pueblo exige la condena de un inocente.
- 374 La costumbre nos condena a muchas locuras; la mayor es convertirse en su esclavo.
- 375 Hay que seguir a la fortuna en sus caprichos y corregirla cuando sea posible.
- 376 La razón debe proscribir todo aquello que no esté fundado en bases física y matemáticamente exactas.
- 377 Cualquier obra de la inteligencia es tanto más elevada cuanto que su autor es universal.
- 378 Los buenos filósofos resultan malos ciudadanos.
- 379 Las conspiraciones se realizan en beneficio de los más cobardes.
- 380 Nunca es útil atizar el odio.
- 381 Cuando se reina, se ha de gobernar con la cabeza, nunca con el corazón.
- 382 En la vida, todo está sujeto a cálculo.
- 383 El vulgo conceptúa el poder de Dios en función del de los sacerdotes.
- 384 La moral es muy a menudo el salvoconducto de la maledicencia.
- 385 El necio tiene sobre las personas inteligentes la gran ventaja de estar siempre contento de sí mismo.
- 386 Cuando alguien conoce su mal moral debe saber curarse el alma como se cura un brazo o una pierna.
- 387 En la política, como en la guerra, los males, aunque se hallen en las reglas, sólo son excusables en la medida en que son necesarios.
- 388 El comercio exterior, infinitamente superior a la industria y la agricultura por sus resultados, existe en función de éstas, mientras que éstas no existen para él. Los intereses de esas tres bases esenciales para la prosperidad de los

Estados son divergentes y, a menudo, opuestos: hay que servirles únicamente atendiendo a su rango natural.

- 389 El corazón del hombre de Estado debe hallarse en su cabeza.
- 390 El pobre y el mendigo pertenecen a dos clases muy distintas: uno impone respeto, el otro provoca la cólera.
- 391 El pueblo en el que todo el mundo quiere un cargo está vendido de antemano.
- 392 La educación y la historia son enemigas de la religión.
- 393 La gente lucha más por sus intereses que por sus derechos.
- 394 Las alianzas matrimoniales con el extranjero nunca garantizan ni aseguran nada.
- 395 Para acabar con la mitad de los procesos judiciales bastaría con pagar sólo a los abogados que ganen sus causas; sin embargo, nunca he conseguido que esa idea sea aprobada por el Consejo de Estado.
- 396 El amor es el destino de las sociedades ociosas.
- 397 La fuerza de lo desconocido es incommensurable tanto en la imaginación como en el cálculo.
- 398 El mercado es el Louvre del pueblo: todo lo bueno que se lleva a cabo en él aprovecha al soberano.
- 399 La muerte es un dormir sin sueños y, quizá, sin despertar.
- 400 El hombre constituido para los negocios y para el ejercicio de la autoridad no ve nunca a las personas, sino las cosas y sus consecuencias.
- 401 Las facultades físicas se agudizan y agrandan en medio de los peligros y las necesidades: los marinos y los beduinos tienen vista de lince; y los salvajes de los bosques, el olfato de los animales.
- 402 Una correspondencia ministerial larga y voluminosa es un arsenal con armas de doble filo.
- 403 Las bandas honoríficas pueden servir para adornar cortesanos, pero no para hacer hombres.
- 404 La utilidad de lo que degrada al ser humano no es nunca duradera.
- 405 No hay política más errónea que la de oponer una fracción a otra jactándose de dominarlas.
- 406 La persona fuerte es la que es capaz de interceptar a voluntad la comunicación entre los sentidos y el pensamiento.
- 407 Los reyes rinden cuentas cada día.
- 408 La fatalidad es el resultado de un cálculo cuyos datos no conocemos en su totalidad.
- 409 Un poder superior me empuja hacia un fin que ignoro; mientras no lo alcance,

soy invulnerable; cuando deje de serle necesario, bastará una mosca para hacerme caer.

410 No hay nada más difícil que tomar una decisión.

411 Los organismos numerosos están abocados inevitablemente a perecer por falta de unidad.

412 Obtener la confianza antes del éxito es la labor política más difícil.

413 En la posición en que me hallo, sólo encuentro nobleza en la chusma que he desatendido, y sólo veo chusma entre la nobleza creada por mí.

(1814)

414 Sólo el general Bonaparte puede salvar al emperador Napoleón.

(1814)

415 Quien puede perderlo todo en un momento, debe jugárselo todo en cualquier circunstancia.

416 Los grandes poderes mueren de indigestión.

417 En el mundo no hay dicha ni desgracia absolutas: la vida de un hombre feliz es un cuadro con fondo de plata y estrellas negras; la de un infeliz, un fondo negro con estrellas de plata.

418 Los reyes no deben caer por debajo de la desgracia.

419 No son mis soldados quienes me han fallado, sino yo a ellos.

(1814)

420 El poder absoluto no necesita mentir; actúa y calla. Los gobiernos responsables están siempre obligados a hablar, acaban diciendo mentiras innobles y en poco tiempo se desacreditan y caen en medio del desprecio. Al menos, el poder absoluto cae envuelto en el odio.

421 Uno puede detenerse cuando asciende, nunca cuando desciende.

422 Aunque lo diga Maquiavelo, las fortalezas no valen lo mismo que el favor de los pueblos.

(1815)

## EXPERIENCIA Y DESGRACIA

- 423 Ya no hay en Europa derecho internacional: lo único que importa es destrozarse unos a otros como perros.
- 424 El secreto de los gobiernos que me sucedan consistirá en oprimir a las masas y dar a los individuos la máxima libertad: el egoísmo es el único móvil actual. He perecido por haber intentado procurar el bien para las masas sacrificando al individuo.
- 425 La capacidad y los medios son hoy tan comunes entre la multitud que debemos evitar que se suscite la idea de concurso público; y ése es, sobre todo, el momento de renunciar a la elección.
- 426 El préstamo es la ruina de las naciones agrícolas y la vida de las manufactureras.
- 427 Los tronos no se restablecen.
- 428 Lo que constituye el crimen no es la cosa prohibida, sino su prohibición.
- 429 Los gobiernos constituidos mediante equilibrios sólo son buenos en tiempo de paz.
- 430 Comparadas con las de la humanidad, las leyes políticas no pueden durar; están hechas para las costumbres, y las costumbres varían.
- 431 Hay que respetar en su decadencia a quienes supieron hacerse respetar cuando eran grandes.
- 432 El mal supremo de la política es no tener preceptos fijos.
- 433 La dicha depende de los acontecimientos; la felicidad, de los afectos.
- 434 Una sociedad sin pasiones es una sociedad estacionaria.
- 435 La revolución debe aprender a no prever nada.
- 436 Francia sólo morirá por París.
- 437 Me han enterrado sin haber perdido un ápice de mi lucidez.

*(En Santa Elena)*

438 El azar es el único rey legítimo del universo.

439 La Guardia era mi tesoro de hombres.

*(En Santa Elena)*

440 Al precipitarse sobre mí, los reyes han caído conmigo.

*(En Santa Elena)*

441 La verdad histórica suele ser una fábula acordada: en cualquier asunto hay un hecho material y una intención; el hecho, que debería ser incontrovertible, es a

menudo un proceso eterno. En ese caso, ¿cómo nos atreveremos a hablar sobre intenciones? En alguna ocasión he llegado a negar el planteamiento de una batalla.

442 He naufragado con las velas desplegadas y con todo el mundo faenando.

*(En Santa Elena)*

443 No existe el robo, todo se paga.

444 El pensamiento madura tanto en el éxito como en la desgracia.

445 En Francia no puede haber ya república: los republicanos de buena fe son idiotas; los demás, incautos o intrigantes.

446 Es muy difícil gobernar en conciencia.

447 Se puede dar un primer impulso a los asuntos de la vida política; luego, son ellos los que nos arrastran.

448 Calumniar al desgraciado es siempre vil y deshonesto.

449 Los golpes del destino son como los de la prensa de acuñar moneda: imprimen su valor a las personas.

450 Lo único que cuenta bajo un gobierno de hecho son las fuerzas materiales.

451 A Francia le gustan demasiado los cambios como para que un gobierno pueda durar.

452 El espíritu humano ha logrado tres conquistas: el jurado, la igualdad fiscal y la libertad de conciencia.

453 Con un aliado sincero, Francia sería la dueña del mundo.

454 No hay nada más raro que un afecto constante.

455 La superstición es el legado que la gente capaz de una época deja en herencia a los incautos del futuro.

456 Cuando los soldados han recibido el bautismo de fuego, son todos iguales ante mí.

*(En Santa Elena, hablando de los soldados ingleses que le custodiaban)*

457 Solón y Egipto estaban en lo cierto: sólo se puede juzgar a una persona después de muerta.

458 Perdonando a quienes nos insultan, nos elevamos por encima de ellos.

459 En cuestión de sistemas, hay que reservarse siempre el derecho a reírse mañana de las ideas mantenidas el día anterior.

460 Los gobiernos son un mal necesario.

461 Hay más posibilidades de encontrar un buen soberano por herencia que por elección.

462 Nadie vio en mi guerra de España la posesión del Mediterráneo.

463 Lo único que me sobra es tiempo.

*(En Santa Elena)*

464 Las oligarquías no cambian nunca de opinión; su interés es siempre el mismo.

465 ¡Cuántas personas superiores son niños varias veces a lo largo del día!

466 Los pueblos que ocupan una gran superficie se recuperan de todos los reveses.

467 Cada época nos asigna una tarea distinta.

468 En cincuenta años, Europa será republicana o cosaca.

*(En Santa Elena)*

469 Mis guerras han dado muerte a los títulos de nobleza.

470 El cañón mató el feudalismo; la tinta matará la sociedad moderna.

471 El azar explica todas nuestras necesidades.

472 La prosperidad de los Estados anuncia su final.

473 Los franceses no tienen nacionalidad.

*(Quizá quería decir «patriotismo»)*

474 No hay institución humana duradera si no se basa en un sentimiento.

475 Sufrir con constancia los males de la vida supone tanto valor como mantenerse firme bajo la metralla de una batería.

476 Carecer de patria es vernos privados del cuarto donde nacimos, del jardín que recorrimos en nuestra infancia y de la habitación paterna.

477 O dinero o condecoraciones. Pero las condecoraciones se desgastarán, y el gobierno resultará demasiado caro.

478 Los franceses valdrán todo lo que cuestan cuando sustituyan las algaradas por los principios, la vanidad por el orgullo, el amor a los puestos por el amor a las instituciones.

479 Las locuras de los demás nunca nos hacen sensatos.

480 El equilibrio político es una ensoñación.

481 Un solo hombre no puede organizar una nación vieja y revolucionada.

482 Los constitucionalistas son unos papanatas: en Francia se ha violado y se violará siempre cualquier pacto; los pactos sólo lo son sobre el papel.

483 A la larga, un exceso de poder acaba por pervertir a la persona más honrada.

484 Mi historia se compone de hechos que las simples palabras no lograrán destruir.

485 El sistema colonial ha terminado: hay que aceptar la libre navegación de los mares y la libertad de intercambio universal.

- 486 Cuando todo se había logrado en Waterloo, falló también todo.
- 487 El viejo sistema está acabado y el nuevo no tiene posibilidades, ya que un gobierno responsable carecerá siempre de unidad.
- 488 La democracia puede ser furiosa, pero tiene entrañas, se la puede conmover; sin embargo, frente a la aristocracia se mantiene siempre fría y no perdona jamás.
- 489 He implantado entre los italianos principios que ya no serán desarraigados; nunca dejarán de fermentar.
- 490 Francia tiene límites naturales que nunca he querido traspasar; quise hacer de Italia un reino independiente.
- 491 Amberes era una pistola siempre cargada que apuntaba al corazón de Inglaterra.
- 492 Un ministerio puede soportar fracasos que acabarían con un soberano.
- 493 La peor de las aristocracias es la del dinero.
- 494 En lugar de ser una señoría, el trono es hoy una magistratura.
- 495 Nuestro cuerpo es una máquina de vivir.
- 496 Para ser un conquistador de éxito hay que ser feroz.
- 497 La grandilocuencia pasa, las acciones permanecen.
- 498 Los reyes pagarán cara mi caída.
- 499 La bajeza tiene sus limitaciones, incluso en estos momentos corrompidos como ningún otro.
- 500 Si la gran mayoría de la sociedad quisiera ignorar hoy las leyes, ¿quién tendría fuerzas para detenerla?
- 501 Las desgracias tienen su propio heroísmo.
- 502 Si hubiese muerto envuelto en las nubes de la omnipotencia, habría sido un problema; gracias a mi deportación se me podrá juzgar al desnudo.
- 503 Tras mi abdicación se ha obligado a Francia a pagar mil quinientos millones poniéndole el pie sobre el cuello; Inglaterra se impuso voluntariamente el pago de siete mil millones.
- 504 En otros tiempos sólo se conocía un tipo de propiedad: la de la tierra. Luego apareció otra nueva: la de la industria, enfrentada en ese momento a la anterior. Más tarde, una tercera: la que deriva de las enormes cargas percibidas a costa de los administrados, que distribuidas por las manos neutras e imparciales del gobierno pueden garantizar el monopolio de las otras dos, sirve de intermediaria a éstas e impide que lleguen a las manos. Sin embargo, la razón de que se hayan hecho tantas necedades hoy en día y de que nos hayamos expuesto a tantos trastornos es no haber querido reconocer esa gran revolución ocurrida en la propiedad y habernos obstinado en cerrar los ojos a

esas verdades. El mundo ha experimentado un gran cambio e intenta asentarse de nuevo; en eso se resume, en pocas palabras, toda la clave de la agitación universal que nos ha atormentado. Se ha desestibado el barco, se ha trasladado lastre de proa a popa, y de ahí vienen esas furiosas oscilaciones que pueden provocar el naufragio a la primera tempestad, si nos obstinamos en querer maniobrarlo como de costumbre sin haber alcanzado un nuevo equilibrio.

- 505 Mientras estuve al frente de los asuntos de gobierno, Francia se hallaba en el mismo estado que Roma cuando se declaró que, para salvarla, era necesario un dictador: había que destruir para no ser destruido.
- 506 Quien posea Constantinopla debe gobernar el mundo.
- 507 Nunca he querido someter los acontecimientos a mi sistema; al contrario, he plegado mi sistema a la contextura imprevista de los acontecimientos.
- 508 Mi mano de hierro no estaba al final de mi brazo, era la prolongación inmediata de mi cabeza; quien me la dio fue el cálculo, no la naturaleza.
- 509 El primer soberano que en medio de la primera gran refriega abrace de buena fe la causa de los pueblos se encontrará al frente de Europa.
- 510 Uno de mis grandes pensamientos fue el de englobar y concentrar los pueblos disueltos y divididos por las revoluciones y la política. Europa suma treinta millones de franceses, quince de españoles, quince de italianos, treinta de alemanes y veinte de polacos; mi deseo era hacer de todos ellos una misma nación. El impulso está dado; todas esas revoluciones se cumplirán, y mi pensamiento podrá servir de palanca para el futuro destino de Europa.
- 511 Me he visto obligado a combatir durante diez años sobre los cadáveres de los alemanes, que no han podido conocer mis verdaderos planes para ellos, aunque se trataba de grandes proyectos.
- 512 Las grandes acciones no se realizan por azar o fortuna sino que derivan siempre de los designios del genio.
- 513 Al no restablecer Polonia, lord Castlereagh ha entregado Constantinopla a Rusia, ha puesto en peligro a Europa y causado mil problemas a Inglaterra.
- 514 Me faltaron veinte años para restablecer la nacionalidad italiana.
- 515 Rusia caerá o se engrandecerá. Si logra anexionarse Polonia reconciliando a los polacos con su gobierno, habrá dado el paso más importante hacia la conquista de la India; si se los enajena, estará siempre amenazada por la retaguardia.
- 516 Rusia es tanto más formidable cuanto que nunca depone su hostilidad.
- 517 Rusia se apoderará de Constantinopla y de una gran parte de Turquía. Me parece tan cierto como si hubiera ocurrido. [1817]. Una vez en Constantinopla, se convertirá en potencia marítima, y Dios sabe lo que vendrá después.
- 518 Si Aníbal hubiese sido vencido en Trebia, Trasimeno y Canas, el desastre habría sido menor que el ocurrido luego en Zama.

- 519 Mi asesinato en Schönbrunn habría sido menos fatal que mi matrimonio con María Luisa.
- 520 Las únicas conquistas que no se lamentan son las que se hacen por ignorancia.
- 521 Inglaterra paga con sangre el comercio de la India.
- 522 Inglaterra es la única potencia interesada en que Francia no posea Bélgica; y mientras no se lo permita, su alianza no será sincera.
- 523 Es injusto que una generación se vea comprometida por la anterior; los empréstitos deberían estar limitados a cincuenta años. ¿Por qué el pueblo no habría de tener el privilegio de la corona, que no es responsable de las deudas adquiridas por el rey muerto? Hay que hallar un medio de preservar a las generaciones futuras de la codicia de las presentes sin tener que recurrir a la bancarrota.
- 524 Nunca he querido un empréstito. En 1814, Francia disponía de sólo sesenta millones de rentas; yo, por mi parte, dejé más de cien millones.
- 525 Como un nuevo Prometeo, estoy atado a una roca donde un buitre me devora; robé el fuego del cielo para dárselo a Francia; el fuego ha vuelto a su lugar de origen, y yo me encuentro en esta situación.

## SOBRE LORD CASTLEREAGH

Mister Pitt dominó toda la política europea, tuvo en sus manos el destino moral de los pueblos y abusó de ese poder. Incendió el mundo y pasará a la historia como Eróstrato, entre llamas, lamentos y lágrimas. Él fue el causante de las primeras chispas de nuestra revolución; luego, de todos los obstáculos que se opusieron a la voluntad nacional; y finalmente, de todos los horribles crímenes derivados de ello. Esta conflagración universal de veinticinco años de duración, las numerosas coaliciones que la mantuvieron, el trastorno y la devastación de Europa, los ríos de sangre de los pueblos que fueron su consecuencia, la aterradora deuda de Inglaterra, que ha pagado todo ello, el sistema pestífero de los empréstitos que doblega a los pueblos y el malestar universal reinante hoy, todo se debe a él. La posteridad reconocerá esas cosas y le señalará como se señala un auténtico azote. Llegará un día en que este hombre tan elogiado en sus tiempos sólo será el genio del mal. No es que yo lo considere atroz; ni siquiera dudo de que estuviese convencido de obrar bien: la Noche de San Bartolomé tuvo también sus partidarios convencidos, el Papa y los cardenales entonaron un *Te Deum*, y entre esa buena gente podrían encontrarse, con absoluta certeza, algunos de buena fe. Así son los hombres, su razón y sus juicios. Pero lo que la posteridad reprochará, sobre todo, a mister Pitt será la repugnante escuela que dejó tras de sí, el maquiavelismo insolente de la misma, su profunda inmoralidad, su frío egoísmo y su desprecio por la suerte de las personas o la justicia de las cosas.

Pero sea como fuere, por admiración real o por puro reconocimiento, o bien, incluso, por simple instinto y mera simpatía, mister Pitt fue y sigue siendo el hombre de la aristocracia europea. En efecto, en él hubo algo de la personalidad de un Sila. Su sistema consiguió el sometimiento de la causa popular y el triunfo del patriciado. En cuanto a mister Fox, no hay que buscar su modelo entre los antiguos, pues es él quien podría servirles de dechado, y no hay duda de que, antes o después, su escuela deberá regir el mundo. El momento de la muerte de mister Fox fue una de las fatalidades de mi carrera; si hubiese seguido con vida, los asuntos habrían tomado un giro muy diferente, la causa de los pueblos se habría impuesto y habríamos establecido un orden nuevo en las cosas de Europa.

En Fox, el corazón daba calor al genio, mientras que en Pitt el genio secaba al corazón. Oigo, no obstante, a un gran hombre que me pregunta cómo yo, siendo todopoderoso, no actué como Fox. A las personas de buena fe les respondo que, en ese punto, no hay nada comparable. Inglaterra tiene la posibilidad de obrar en un terreno cuyos fundamentos se hunden en las entrañas de la tierra; mis cimientos sólo estaban asentados aún sobre arena. Inglaterra reina sobre cosas ya establecidas; sobre mí pesaba la gran carga, la inmensa dificultad de establecerlas. Depuré una revolución haciendo caso omiso de las facciones decepcionadas. Había reunido en haces todo el bien disperso que era necesario conservar, pero me vi obligado a

cubrirlo con mis brazos nerviosos para salvarlo de los ataques de todos.

Lord Castlereagh, discípulo de mister Pitt y que, tal vez, se cree igual a él, no es, en el mejor de los casos, más que su remedo simiesco: no ha cesado de seguir adelante con los planes y conjuras de su maestro contra Francia.

Su pertinacia y su obstinación han sido, quizá, sus auténticas y únicas cualidades. Pero Pitt abrigaba grandes propósitos: en él, el interés de su país iba por delante de todo lo demás, tuvo genio, fue un creador, y desde su isla, como punto de apoyo, gobernó a los reyes del continente e hizo que actuaran a su gusto. Castlereagh, en cambio, sustituyendo la creación por la intriga y el genio por los subsidios e interesándose muy poco por su país, no cesó de utilizar la influencia y el crédito de esos reyes continentales para asentar y perpetuar su poder en su isla.

Me han dicho que en la propia Inglaterra se le considera modelo de inmoralidad. Comenzó con una apostasía política que, aun siendo muy común en su tierra, deja no obstante siempre una mancha indeleble. Inició su carrera bajo las banderas de la causa del pueblo y se convirtió en un hombre del poder y la arbitrariedad. Si se le hiciese justicia, debería ser execrado por los irlandeses, sus compatriotas, a quienes traicionó, y por los ingleses, pues destruyó sus libertades internas y sus intereses externos. Gobierna todo lo demás y domina incluso al príncipe recurriendo a las intrigas y la audacia. Amparándose en una mayoría creada por él mismo, está siempre dispuesto a combatir en el Parlamento contra la razón, el derecho, la justicia y la verdad con una desvergüenza extrema. Ninguna mentira le resulta penosa, nada le detiene, todo le da igual: sabe que dispone siempre de los votos que aplaudirán y legitimarán cualquier propuesta. Ha tenido la desfachatez de presentar ante el Parlamento como hechos auténticos cosas que, según sabía perfectamente, habían sido falsificadas, que quizá hizo falsificar él mismo, y esas leyes sirvieron, no obstante, para dictar el destronamiento de Murat.

Sin embargo —así es como marchan las cosas aquí abajo—, Pitt, con todo su genio, no dejó de fracasar, y Castlereagh ha obtenido un éxito completo. Pero ¿de qué manera?

Tras veinte años de guerra, después de derrochar tantos tesoros y brindar tantos apoyos a la causa común, tras haber triunfado más allá de toda esperanza, ¿qué paz firmó, sin embargo, Inglaterra? Castlereagh tuvo en sus manos el contenido de esa paz; ¿qué gran ventaja, qué indemnizaciones justas estipuló para su país? Hizo la paz como si el vencido hubiera sido él. ¡Qué miserable! De haber triunfado yo, no le habría maltratado mucho más. ¿Se sentía, tal vez, suficientemente feliz por haberme derrocado? En ese caso, su odio me venga. Durante nuestra lucha, Inglaterra se vio animada por dos sentimientos poderosos: su interés nacional y su odio contra mi persona. La violencia de uno, ¿debería haberle hecho olvidar el otro en el instante del triunfo? ¡Los ingleses pagarán caro ese momento de pasión! Pasarán milenios antes de que se presente una ocasión semejante para el bienestar y la verdadera grandeza de Inglaterra. Volviendo a Castlereagh, ¿se trata de ignorancia o de corrupción? Según

su propia opinión, ese lord Castlereagh distribuyó con nobleza los despojos entre los soberanos del continente y no reservó nada para su propio país. Pero ¿no teme que se le reproche haber actuado más como *empleado* que como *socio* de esos soberanos? Ha donado territorios inmensos: Rusia, Prusia y Austria han adquirido una población de millones de personas. ¿Dónde está el equivalente en el caso de Inglaterra? Y, sin embargo, este país había sido el alma del éxito y había corrido con todos los gastos. Ya está recogiendo, en realidad, los frutos del agradecimiento del continente y de los errores o la traición de su negociador: los gobiernos siguen mi sistema continental y reprueban o excluyen el producto de las manufacturas inglesas. En vez de todo esto, ¿por qué no circundó el continente con ciudades marítimas libres e independientes, como, por ejemplo, Danzig, Hamburgo, Amberes, Dunkerque, Génova y otras, que habrían seguido siendo los depósitos forzosos de las manufacturas inglesas con las que ese país habría inundado Europa a pesar de todas las aduanas del mundo? Inglaterra tenía el derecho y la necesidad de hacerlo, sus decisiones habrían sido justas, ¿y quién se habría opuesto en el momento de la libertad? ¿Por qué crearse un obstáculo y, al mismo tiempo, un enemigo natural al unir Bélgica y Holanda, en lugar de facilitar a su comercio dos enormes recursos manteniéndolas separadas? Holanda, que no dispone de manufacturas, era el depósito natural de las de Inglaterra; Bélgica, convertida en colonia inglesa bajo un príncipe inglés, habría sido la ruta por donde se habría inundado constantemente Francia y Alemania. ¿Por qué no se vinculó a España y Portugal mediante un tratado de comercio a largo plazo que habría compensado todos los gastos realizados para liberarlas, tratado que se habría obtenido bajo la amenaza de dar la libertad a sus colonias, en las que, en ambos casos, se habría realizado todo el negocio? ¿Por qué no se estipuló la obtención de alguna ventaja en el Báltico y en los Estados italianos? Habrían sido otras tantas regalías de la soberanía de los mares.

Tras haber combatido tanto tiempo en apoyo del derecho a mantenerla, ¿cómo se desdeñaron los beneficios, cuando esa soberanía se hallaba consagrada de hecho? ¿Temió acaso Inglaterra que, al castigar la usurpación en los demás, alguien iba a atreverse a rechazar la suya? ¿Quién habría podido hacerlo? Yo esperaba algo así de los ingleses. Es posible que lo lamenten ahora, cuando es demasiado tarde, pues ya no podrán volverse atrás; han perdido esa ocasión única.

¡Cuántos porqués podría seguir añadiendo! Lord Castlereagh era el único que podía actuar de ese modo; se convirtió en el hombre de la Santa Alianza y, con el tiempo, será maldito en Inglaterra. Lauderdale, Grenville, Wellesley y otros como ellos habrían negociado de manera muy distinta; habrían sido los hombres de su país. Pero lord Castlereagh se mostró de hecho como el hombre del continente. Aunque era el dueño de Europa, satisfizo a todo el mundo y sólo olvidó a su país. Las actas vulneraban de tal modo el interés nacional, se oponían de tal manera a las doctrinas de Inglaterra, mostraban hasta tal punto el carácter de la inconsecuencia, que no se entiende que una nación prudente se haya dejado gobernar por semejante loco.

Lord Castlereagh se basa en la legitimidad, que pretende convertir en norma política, aunque podría minar los fundamentos del trono de su propio señor; y, no obstante, reconoce a Bernadotte en contra del legítimo Gustavo IV, que se inmoló por Inglaterra. Reconoce al usurpador Fernando VII en detrimento de su venerable padre Carlos IV. Proclama con los aliados, como si fuera otra base fundamental, el restablecimiento del antiguo orden de cosas, la reparación de lo que denominan daños, injusticias y depredaciones políticas, el retorno, en fin, de la moral pública, y sacrifica la república de Venecia, entregada a Austria por él, y la de Génova, donada al Piamonte. Engrandece a Rusia, su enemigo natural, dándole Polonia; despoja al rey de Sajonia en favor de Prusia, que no puede proporcionarle ningún socorro; arrebató Noruega a Dinamarca, que, más independiente que Rusia, podría ofrecerle la llave del Báltico, para enriquecer con ella a Suecia, arruinada por la pérdida de Finlandia y las islas del Báltico, enteramente sometidas a Rusia. En fin, violando los primeros principios de la política general, olvida, a pesar de hallarse en una situación de omnipotencia, restablecer la independencia de Polonia, entregando así Constantinopla y poniendo en peligro toda Europa.

No diré nada del monstruoso contrasentido de un ministro, representante de la nación libre por excelencia, que vuelve a imponer el yugo a Italia, mantiene a España en ella y contribuye con todas sus fuerzas a encadenar el continente entero. ¿Piensa, acaso, que la libertad sólo es aplicable a los ingleses y que el continente no está hecho para ella?

Pero incluso en ese caso, estaría equivocado respecto a sus propios compatriotas, a quienes priva cada día de algunos de sus derechos, por ejemplo con la suspensión a diestro y siniestro del *habeas corpus*, con el *alien bill*, en virtud del cual —¿quién iba a creerlo?— la esposa extranjera de un inglés puede ser expulsada de Inglaterra según se le antoje al ministro, con el espionaje y la delación, difundidos por él hasta el infinito, con los agentes provocadores, creación infernal que sirve para tener siempre la seguridad de hallar culpables y multiplicar las víctimas, con una fría violencia, un yugo de hierro que impone a las dependencias extranjeras. ¿Es ése el ministro de un gran pueblo libre encargado de imponer el respeto a las naciones extranjeras? No, se trata de un deseo de los reyes del continente que, a instancias suyas, modela a sus compatriotas para que sean esclavos. Es el eslabón, el conducto por el cual se derraman sobre el continente los tesoros de Gran Bretaña y se importan a Inglaterra todas las doctrinas nocivas llegadas de fuera. Al parecer, se presenta como el partidario, el socio obsequioso de esa misteriosa Santa Alianza, alianza universal cuyo sentido u objetivos no soy capaz de adivinar a partir de todo esto, que no puede representar nada útil ni augurar nada bueno. ¿Va dirigida, tal vez, contra los turcos? Pero entonces los ingleses deberían oponerse a ella. ¿Servirá, efectivamente, para mantener la paz universal? Pero esto es una quimera incapaz de engañar a los gabinetes diplomáticos. Las únicas alianzas que se pueden dar en ella son las de la oposición y los contrapesos. No hay posibilidad de una alianza entre todos. Entonces,

no es nada. La única manera que tengo de entenderla es viéndola como una alianza de los reyes contra los pueblos. En tal caso, ¿qué hace Castlereagh metido en ella? De ser así, ¿no podría, no debería pagarlo caro algún día? En cierta ocasión tuve a ese lord Castlereagh en mi poder: se hallaba ocupado intrigando en Châtillon cuando, en uno de nuestro éxitos momentáneos, mis tropas dejaron atrás el Congreso, que quedó cercado. El primer ministro inglés perdió su condición pública y quedó fuera del derecho internacional: se dio cuenta de ello y, al hallarse así entre mis manos, sintió la angustia más espantosa. Mandé decirle que se tranquilizara, que era libre; no lo hice por él sino por mí, pues lo cierto es que de él no esperaba nada bueno. Sin embargo, al cabo de un tiempo, su agradecimiento se manifestó de una manera muy particular: cuando vio que había elegido la isla de Elba, me hizo proponer Inglaterra como país de asilo. En aquel momento empleó toda su elocuencia y su sutileza para impulsarme a hacerlo. Hoy, sin embargo, las ofertas de Castlereagh tienen que resultarme sospechosas; y no hay duda de que, con su ofrecimiento, meditaba ya el horrible trato impuesto ahora mismo a mi persona.

Para el pueblo inglés es una gran desgracia que su ministro dirigente haya ido a negociar personalmente con los soberanos continentales; es una violación del espíritu de su Constitución. El orgullo inglés sólo ha visto que su representante acudía para dictar leyes; pero hoy, cuando los acontecimientos le demuestran, en cambio, que lo único estipulado son inconvenientes, falta de consideración y pérdidas, los ingleses tienen motivos para arrepentirse.

De hecho, es cierto que lord Castlereagh habría podido obtener cualquier cosa, pero lo sacrificó todo por ceguera, por incapacidad o por perfidia. Sentado en el banquete de los reyes, parece haberle ruborizado dictar la paz como un *comerciante* y se permitió tratarla como un *señor*. Venció su orgullo, y podemos creer que tampoco sus intereses salieron perdiendo. Sólo su país sufrió por ello, y seguirá sufriendo mucho y por largo tiempo.

La deuda es el gusano que roe a Inglaterra, es la cadena de todos sus problemas, pues es la que obliga a imponer una fiscalidad tan enorme, unos impuestos que encarecen los productos de alimentación, de donde deriva la miseria del pueblo, el elevado precio del trabajo y el de los objetos manufacturados, que no se presentan ya en los mercados de Europa con la misma ventaja. Inglaterra debe combatir por tanto, cueste lo que cueste, a ese monstruo devorador, necesita atacarlo desde todos los frentes a la vez, abatirlo con medidas tanto *negativas* como *positivas*, es decir, mediante la reducción de sus gastos y el aumento de sus capitales. ¿No puede reducir el interés de su deuda, los elevados salarios, las prebendas y los gastos de su ejército y renunciar a éste para limitarse a su armada? En fin, muchas otras cosas más que desconozco y en las que no me es posible profundizar.

En cuanto al crecimiento de sus capitales, ¿no puede enriquecerse con todos los bienes eclesiásticos, que son inmensos y que adquiriría mediante una reforma saludable y por la extinción de sus titulares, cosa que no dañaría a nadie?

Pero basta con que alguien diga una palabra en ese sentido para que toda la aristocracia se levante en armas, salga a luchar y triunfe; porque en Inglaterra es ella la que gobierna; y se gobierna por ella. La aristocracia recurrirá a su máxima habitual: si se alteran lo más mínimo los fundamentos antiguos, todo se vendrá abajo, máxima que las masas repiten tontamente, haciendo así que cualquier reforma se detenga y todo abuso se mantenga, crezca y pulule.

Pero también es cierto que, a pesar de un conjunto de detalles odiosos, caducos e innobles, la Constitución inglesa presenta, no obstante, el singular fenómeno de un resultado afortunado y bello, y ese resultado, con todos sus beneficios, es lo que vincula a la multitud, temerosa de perderlos. Ahora bien, lo que genera ese resultado, ¿es la naturaleza condenable de los detalles? Al contrario, lo empaña; y brillaría mucho más si aquella máquina magna y hermosa se desentendiese de sus ideas parasitarias.

*(En Santa Elena)*

# APÉNDICES

## «QUEL ROMAN QUE MA VIE!» MISCELÁNEA DE CITAS SOBRE NAPOLEÓN

Se cuenta que esa frase («¡Qué gran novela, mi vida!», en traducción libre) era la cantinela con la que el Napoleón desterrado en Santa Elena martilleaba los sufridos oídos de sus fieles y memorialistas (y probablemente a sí mismo) en su exilio definitivo. Ya se sabía inmortal. Y no se equivocaba: su vida fue una novela que, además, incorporaba todos los géneros imaginables: la poesía trovadoresca, la gesta de hazañas bélicas, la novela galante, la social, la gótica, la epistolar..., a veces con la grandilocuencia de los libros de caballerías, otras, salpicada de delirios quijotescos o del ingenio verbal shakesperiano que asoma en las máximas recogidas por Balzac; hasta, estirando un poco, podría verse como un *western* crepuscular y, ya puestos, leyendo algunos de sus pintorescos lances, como una comedia de enredo. Sí, Napoleón era lo que los anglosajones denominan *larger than life*.<sup>[1]</sup>

La existencia de Bonaparte da para miles de relatos. Es el ruido de fondo del siglo XIX, a veces ensordecedor y real, como las descargas de fusilería de sus ejércitos que oye Hegel en Jena; a veces amortiguado, pero omnipresente, casi como un hilo musical que pautara los actos más íntimos: «Cuando llega la inspiración, todas mis energías intelectuales se estremecen anticipando la batalla. Mis ideas parten como los batallones de la *Grande Armée*... El papel se cubre de tinta cuando comienza la batalla. Y como con las batallas y su pólvora negra, todo acaba en una lluvia de negrura. Cada día es un Austerlitz de creación», escribió Balzac. Ya apuntábamos en el prólogo que el material que ha generado su figura es simplemente inabarcable. De la infinitud de estudios más o menos sesudos, académicos o hagiográficos hasta la alta literatura (pongamos *Los cien días* de Joseph Roth o la *Sinfonía napoleónica* de Anthony Burgess) o la literatura popular (pongamos *La pirámide inmortal*, de Javier Sierra), Napoleón ha sido objeto y sujeto de todo tipo de obras, citado (bien y mal) y recitado, tergiversado, convertido en supuesto autor de textos apócrifos o anónimos, ensalzado y vilipendiado, endiosado, humanizado y demonizado. Pero quizá la prueba definitiva de su «éxito» histórico sea la abundancia de lo que podría denominarse *pulp* napoleónico: recopilatorios de anécdotas, ucronías de ciencia ficción, caricaturas, sellos, parodias, cómics, dramas radiofónicos... Bonaparte juega en casa en el universo de la cultura popular. Bien mirado, en cualquier universo: se han publicado más libros sobre él (50 000 y sigue subiendo) que días han transcurrido desde su muerte; la académica *Bibliographie napoléonienne*, de Roger Martin y Alain Pigéard (con prefacio de Tulard), recogía cerca de 10 000 títulos. Una búsqueda simple en el catálogo del Amazon francés produce vértigo...

Y en cierta medida, el mayor responsable de esa sostenida fiebre es el propio Napoleón, con su aguda conciencia de la posteridad y su fútil empeño en domeñar el presente (censurando sin contemplaciones) y el futuro (reescribiendo literalmente la

historia, mientras pudo). Chateaubriand (1768-1848), con su turbadora mezcla de acidez, resentimiento y admiración, condensa a la perfección la fuerza de la reputación del corso aun dos décadas después de muerto en el capítulo 8 del libro 24 de la segunda parte de *Memorias de ultratumba*:<sup>[2]</sup> «¡Vanas palabras! Mejor que nadie conozco su inutilidad [para censurar a Napoleón]... El mundo pertenece a Bonaparte; lo que el destructor no había podido conquistar, su fama lo usurpa: vivo, le ha faltado el mundo, muerto, lo posee... Bonaparte ya no es el verdadero Bonaparte, es una figura legendaria, compuesta de los caprichos del poeta, de las veladas del soldado y de los cuentos del pueblo, es el Carlomagno y el Alejandro de las epopeyas medievales. Este héroe fantástico quedará como el personaje real: los demás personajes desaparecerán. Tras haber sufrido el despotismo de su persona, tendremos que sufrir ahora el despotismo de su memoria... Este último despotismo es más abrumador que el primero».

No obstante, por más que ciertamente hubiera conquistado los corazones y la imaginación de gran parte de las generaciones —de franceses y de europeos— que le siguieron y por mucho que le incomodara a Chateaubriand esa fama póstuma, ésta distaba de ser universal u homogénea. Si muchos lo idolatraban, muchos también lo detestaban, y todavía más oscilaban entre ambos extremos. Sigue un necesariamente breve e incompleto repaso a algunas —apenas una decena de las millares posibles— de las opiniones que se vertieron sobre Napoleón. Opiniones tajantes y vagas, apologéticas e indignadas, espurias y sinceras, en una sucinta recopilación del poso napoleónico que no pretende ir más allá del simple muestrario de curiosidades y quisiera servir de incitación a la lectura.

Empezando por las del propio CHATEAUBRIAND, un hombre que no le andaba muy a la zaga al emperador en la calidad de sus ambiciones y el tamaño de su ego. Pero la conciencia de sus sentimientos ambiguos de atracción y repulsión hacia el personaje («Mi admiración por Bonaparte siempre ha sido grande y sincera, aun cuando le atacaba con más vehemencia», *Memorias de ultratumba*, 2.a parte, libro 22, capítulo 15; una admiración que, en un gesto de mezquindad, no le impide mentir para afearle su condición de extranjero en *De Buonaparte et des Bourbons*) fue quizá un acicate para escribir algunas de las páginas más bellas y vibrantes tanto sobre los estragos del bonapartismo como sobre sus bondades.

Véase, a título de ejemplo de las primeras, este demoledor párrafo sobre la fragilidad de la memoria: «La tendencia del momento consiste en magnificar las victorias de Bonaparte: quienes las sufrieron han desaparecido; no se oyen ya las imprecaciones, los gritos de dolor y de angustia de las víctimas; no se ve ya la Francia extenuada, con sus mujeres trabajando la tierra; no se ve ya a los padres saliendo fiadores de sus hijos, a los vecinos de los pueblos cumpliendo solidariamente las penas impuestas a un insumiso; ya no se ven esos carteles de

reclutamiento pegados en las esquinas de las calles, a los viandantes aglomerados delante de esas inmensas condenas de muerte, buscando, consternados, los nombres de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos, de sus vecinos. Se olvida que todo el mundo se lamentaba de los triunfos; se olvida que la menor alusión contra Bonaparte, que hubiera pasado inadvertida a los censores, era recibida en el teatro con entusiasmo; se olvida que el pueblo, la corte, los generales, los ministros, los allegados a Napoleón estaban cansados de su opresión y de sus conquistas, cansados de esa partida siempre ganada y siempre reiniciada, de esa existencia que se veía alterada cada mañana por la imposibilidad de descanso» (*Memorias de ultratumba*, 2.a parte, libro 22, capítulo 15).

Pero de la misma manera que Chateaubriand pone su exquisita retórica al servicio de la crítica al Napoleón que hizo sufrir a los pueblos, al francés más que a ningún otro, tampoco le escatima elogios encendidos, porque en su censura late el lamento de que los nuevos tiempos son demasiado mediocres para los titanes. De ahí que el vituperio se entreteja con el encomio: «Bonaparte no fue grande por sus palabras, sus discursos, sus escritos ni por el amor (que nunca sintió) por las libertades (que nunca tuvo intención de establecer); es grande por haber creado un gobierno regulado y fuerte, un código legal [que ha sido] adoptado en muchos países, tribunales de justicia, escuelas, una administración poderosa, activa e inteligente que ordena hoy nuestras vidas; es grande por haber reconstruido los altares, por haber reducido la furia de los demagogos [...]; es grande, por encima de todo, por haberse elevado por sí solo, desde la cuna y por sus propios esfuerzos a las alturas donde le obedecían treinta y seis millones de súbditos, en una época en que las coronas habían perdido toda credibilidad [...] por haber llenado diez años de tales prodigios que hoy resulta difícil comprenderlos» (*Memorias de ultratumba*, 2.a parte, libro 24, capítulo 8).

Otra mirada, de tono y registro muy distintos, es la de Henri Beyle (1783-1842), más conocido como STENDHAL, que fue soldado y funcionario de los ejércitos napoleónicos, y llegó a contemplar el incendio de Moscú (cuando había esperado... asistir a conciertos en el Kremlin). Pero su presencia física en los acontecimientos es sólo relativa garantía de fidelidad histórica —el espejo que refleja la realidad tiene tendencia a deformarse—, y puede que, aunque el emperador no le produjera síndrome de Estocolmo (el escritor veía, y no disimulaba en sus textos, sus defectos y errores), sí experimentara con él una versión moderada de otro síndrome... el de Stendhal. En cualquier caso, pueden rastrearse sin dificultad rasgos del curso en sus grandes novelas y se han señalado sobradamente ya los paralelismos con sus memorables protagonistas, el Sorel de *Rojo y negro*, el Del Dongo de *La cartuja de Parma*, tan alabada por Balzac. Stendhal, de hecho, intentó escribir no una sino dos biografías de Bonaparte, *Vie de Napoléon* (1818) y *Mémoires sur Napoléon* (1837), y las dos quedaron inconclusas. Sin embargo, el valor de los textos es más literario que

histórico; Stendhal no se molesta en citar fuentes, como tampoco duda en plagiar más o menos descaradamente, o acumular anécdotas de dudosa verosimilitud: nada que afecte a la belleza de unas obras laudatorias, nostálgicas, pero moderadamente críticas y que, como dijo él mismo, «no pueden satisfacer completamente a nadie».

Reproducimos a continuación una «nota biográfica» que preparó Stendhal como epitafio, según parece en 1821 (veintiún años antes de que la muerte le sorprendiera de verdad). Aparte de su valor como curiosidad, el compendio refleja muy bien las pasiones —y el buen gusto— que movieron a este *bon vivant*: Italia, las letras, la música, la pintura, las mujeres... y Napoleón. En la «Nota biográfica sobre el señor Beyle escrita por él mismo» una tarde de «lluvia abominable» de 1837 (*Notice sur M. Beyle écrite par lui-même. Dimanche, 20 avril 1837. Paris [hôtel Favart]*) recuerda con humor y medio en italiano:

B... redactó su epitafio en 1821.

«*Qui giace Arrigo Beyle. Milanese. / Visse, scrisse, amo / Se n'andiede di anni... / Nell 18... / Adoró a Cimarosa, a Shakespeare, a Mozart, / a Correggio. / Amó apasionadamente a V..., a M..., a A..., a Ange, a M..., a C..., y aunque no fue precisamente apuesto, fue muy amado por cuatro o cinco de esas iniciales. Respetó a un solo hombre: NAPOLEÓN.*» /

Fin de esta reseña no releída (a fin de no mentir). /

[En el reverso de la última hoja] Nota sobre Henry Beyle, para ser leída después de su muerte, no antes.

En su tumba definitiva en el cementerio de Montmartre puede verse una versión corregida de ese epitafio, ya sin amores, ni mayúsculas imperiales, pero todavía con su filiación milanesa.

Menos comprensivos con la figura de Napoleón son los autores rusos del XIX, a fin de cuentas ciudadanos de un país víctima de los delirios de grandeza de Napoleón (aunque bien mirado, quizá fueran más víctimas aún de los tres Alejandro y los dos Nicolases que se sucederían como zares a lo largo del siglo).

Y es el bueno de TOLSTÓI (1828-1910), exmilitar devenido pacifista, el que más carga... las tintas. En *Guerra y paz*, «la» novela rusa, con permiso de Dostoievski, subgénero magnas obras monumentales, se explaya a gusto contra el corso, llamándolo de todo y algo más, hasta el extremo de sonar casi ofensivo y resentido. En la primera parte del epílogo decapita al títere, y varias veces, en una retahíla inacabable: «Este hombre sin convicciones, sin principios, sin tradición, sin nombre y que ni siquiera es francés... el cinismo de la mentira y la mediocridad presuntuosa y seductora de ese hombre... con su insensata adoración a sí mismo, con su audacia en el crimen, con su cinismo en la mentira, él sólo puede justificar lo que tiene que suceder... Este hombre, en la soledad de su isla, interpreta ante sí mismo una miserable comedia; intriga, miente para justificar sus actos»; la obra entera está llena

de recriminaciones nada veladas, que fluctúan entre el ninguneo y el desprecio, como en el capítulo 38 de la décima parte del segundo tomo: «Nunca, hasta el fin de su vida, llegó a comprender ni el bien, ni la belleza, ni la verdad, ni el significado de sus propios actos, que eran demasiado opuestos al bien y a la verdad, estaban demasiado alejados de todo sentimiento humano para que se le manifestase su verdadero alcance».

En el caso de Tolstói es arriesgado atribuir tanto vituperio a un resentimiento nacionalista (a los treinta años visita París, se pasa por la suntuosa tumba de Napoleón y anota espantado en su diario: «Deificación de un villano, tremebundo»); pero curiosamente sí cabe apuntar, recorriendo el camino a la inversa y recuperando el comentario de Calvino sobre la «huella» que dejan las lecturas, que el prologuista de la biografía de Napoleón de Albert Manfred (historiador soviético oficialista) menciona que Louis Aragon (el poeta surrealista) refiere que Maurice Thorez (secretario general del PCF durante el estalinismo) admiraba *Guerra y paz*, pero estaba «en total desacuerdo con la apreciación de Tolstói sobre Napoleón». Las *aflicciones* patrióticas van por barrios...

A DOSTOIEVSKI (1821-1881) no le preocupan tanto las implicaciones históricas de Bonaparte cuanto las morales y asumía, sin mucha elaboración, una de las imágenes del corso que había hecho fortuna (sobre todo en Rusia): la del hombre excepcional al que todo le está permitido —la guerra o el asesinato, cuestión de matices— para cumplir sus deseos o su destino. En este sentido, el atribulado Raskólnikov intenta justificar el haber matado a la vieja usurera llevado de sus impulsos «napoleónicos», sin creérselo ni él mismo, en un famoso fragmento de *Crimen y castigo* (Quinta parte, capítulo IV):

«—... Sí, yo quería llegar a ser un Napoleón y por eso maté, ésa es la razón. ¿Te lo explicas todo ahora?... El hecho es que un día me hice esta pregunta: si Napoleón hubiera estado en mi lugar y no hubiera tenido, para tomar impulso en el principio de su carrera, ni Tolón, ni Egipto, ni el paso de los Alpes por el Mont Blanc, sino que en lugar de todas esas hazañas se hubiera hallado ante la posibilidad de un crimen, de un asesinato que cometer para asegurar su porvenir, ¿le habría repugnado la idea de asesinar a una vieja y robarle tres mil rublos? ¿Hubiera pensado que semejante acto era deshonesto y criminal? Estuve torturándome el cerebro durante mucho tiempo con esas preguntas y no pude por menos que avergonzarme cuando por fin reconocí que Napoleón no sólo no habría vacilado, sino que ni siquiera hubiera comprendido que pudiera plantearse la duda. Y, viendo que no tenía otro remedio, no se habría hecho de rogar y habría matado sin el menor escrúpulo. Desde aquel momento no titubeé ya, pues me sentía a cubierto por la autoridad de Napoleón, maté siguiendo su ejemplo. Todo esto te parecerá ridículo, ¿verdad?».

La misma noción de un Napoleón por encima del bien y del mal, mefistofélico, trasluce el *Onegin* (1833) de PUSHKIN (1799-1837) en la estrofa XIV del capítulo segundo:

Pero entre nosotros no hay amistad;  
hemos matado a todos nuestros mitos en el pasado  
y consideramos a los demás como  
ceros a la izquierda, juzgándonos unidades;  
nos creemos unos Napoleones y tratamos a la mayoría  
como simples bípedos que sólo nos sirven de instrumento:  
El sentimiento nos parece ridículo y extraño.

Pero Pushkin, aunque nacionalista, también es un liberal sin excesos, y tiene a Bonaparte por algo más que un frío manipulador que mueve los hilos del mundo. Tras su muerte en Santa Elena, le dedica un poema, «Napoleón» (1821), que exalta la figura heroica del libertador:

¡Aclamadle! Lanzó la nación rusa  
hacia su noble destino,  
y presagió la recuperación final  
de las libertades de los hombres, tanto ha perdidas.

De vuelta de las estepas, la recepción de Napoleón resultó igual de variada. Ya hemos referido en el prólogo el deslumbramiento de Hegel al divisar a lo lejos a Napoleón («este espíritu del mundo... al que es imposible no admirar») y el pasmo de GOETHE (1749-1832) por la conversación que mantuvo con él en su encuentro en Erfurt («Me trató, si se me permite decirlo, como a un igual, y sin ambigüedad dejó claro que mi personalidad estaba a la altura de la suya», le contaría a su amigo Cotta).

En las impagables *Conversaciones con Goethe* (1848), Eckermann deja cumplido testimonio de las opiniones del maestro sobre el corso. Reproducimos sólo dos de las numerosas referencias:

«Napoleón era el hombre excepcional. Siempre iluminado, siempre claro y resuelto, dotado en todo momento de la energía suficiente para poner en práctica lo que quiera que considerase ventajoso y necesario. Su vida fue la marcha de un semidiós, de batalla en batalla y de victoria en victoria. Bien podría decirse de él que vivía en un estado de iluminación perpetua. En este sentido, su destino fue más brillante que cualquiera que el mundo hubiera presenciado antes, o que tal vez vea jamás después de él. Sí, sí, mi buen amigo, era un hombre al que no podemos igualar». (Martes, ¿? de marzo, 1828).

Pero el brillo de ese destino inimitable es matizado hasta perder todo su fulgor cuando el propio Goethe relata, más adelante, una anécdota «conmovedora»:

«Napoleón solía vestir un uniforme verde oscuro. Al final estaba tan desgastado y descolorido por el sol que había que cambiarlo. Él lo quería del mismo color, pero en la isla no se encontró tal pieza. Había tela verde, claro, pero el color no era puro, tenía un tono amarillo. Al amo del mundo le pareció intolerable vestir su cuerpo con ese color y no quedó más que darle la vuelta al viejo uniforme y ponérselo del revés. ¿Qué le parece?, ¿no es un detalle sumamente trágico?, ¿no es conmovedor ver al rey de reyes tan menguado que debe vestir un uniforme del revés? Y aun así, cuando pensamos que tal ha sido el final de un hombre que había pisoteado la vida y la felicidad de millones de personas, su destino nos parece muy benévolo. El destino es aquí una Némesis que, en consideración de la grandeza del héroe, no puede evitar ser un poco generosa. Napoleón nos ofrece un ejemplo del peligro de elevarse al Absoluto, de sacrificarlo todo a la realización de una idea». (Miércoles, 10 de febrero de 1830).

Uno de los rasgos que ha de tenerse en cuenta para comprender las cautelas, la ambigüedad o los cambios de opinión de estos pensadores es la precariedad de la situación de los intelectuales a principios del XIX, dependientes, todavía en gran medida, de los favores de príncipes o gobernantes, sujetos por tanto a la suerte de éstos. Y, con el volcánico Napoleón de por medio, nadie sabía muy bien a qué atenerse. Goethe era muy consciente: «Es una vieja historia que siempre se repite, así es la naturaleza humana. Ningún hombre sirve a otro desinteresadamente, pero lo hace de buena gana si sabe que eso redundará en su propio interés. Napoleón conocía bien a los hombres, sabía cómo hacer un uso apropiado de sus debilidades». (Lunes, 6 de abril de 1829).

Goethe compartía con Hegel el entusiasmo por la unificación alemana que prometía el emperador y con Chateaubriand el agradecimiento por la reinstauración del orden frente al caos revolucionario. Pero ni Hegel ni Goethe se unieron, al menos al principio, a la reacción *patriótica* antinapoleónica que recorrió Europa desde el estrecho de Gibraltar a los Urales, una reacción que sufrieron en carne propia los afrancesados peninsulares. Y, con matices, otro tanto podría decirse de su contemporáneo BEETHOVEN (1770-1827). Su inicial fascinación por el «libertador», que le llevó a dedicarle la Tercera Sinfonía, la *Heroica*, compuesta en el verano de 1803 y presentada en 1805, se tornaría pronto decepción. Entre una y otra fecha le informaron de la coronación del cónsul; su amigo Ferdinand Ries relata el momento: «Fui yo quien le dio la noticia de que Bonaparte se había autoproclamado emperador y, al enterarse, se enfureció y gritó: “¿Es que también él no es más que un mero ser humano? Ahora también pisoteará todos los derechos del hombre y se dedicará a su propia ambición. ¡Se exaltará a sí mismo por encima de los demás y se convertirá en un tirano!”. Entonces Beethoven se acercó a la mesa, tomó la página del título [en la que estaba la dedicatoria al Napoleón cónsul, no al emperador], la rompió y la tiró al suelo». Sin embargo, y a lo largo de los años siguientes, pese a la manifiesta hostilidad, Beethoven mostró una conspicua ambivalencia hacia «el gran hombre».

Así, cuando se enteró de su fallecimiento, el comentario que hizo fue: «Ya he compuesto la música adecuada para esa catástrofe», se refería a la Marcha Fúnebre, el segundo movimiento de la *Heroica*. Nótese que la noticia no sólo no es motivo de celebración, sino que se toma como una *catástrofe*...

Y esa ambivalencia se prolonga un largo siglo en la cultura alemana y así, cuando JOSEPH ROTH (1894-1939) le dedica una novela al corso, *Los cien días* (1936),<sup>[3]</sup> opta por retratar al penúltimo Napoleón, el ave fénix que vuelve al poder para caer de nuevo, el «pobre hombre», con un tono entre melancólico y exculpatorio —«mostrarlo en el único periodo de su vida en que es “hombre” y desgraciado. Quería convertir a un grande en un humilde»— que da voz a la conciencia del caído: «También él, sin su generosidad, hubiera podido ser un dios, crear el cielo azul, regular el brillo y el curso de los astros, determinar el destino de los hombres y la dirección de los vientos, el paso de las nubes y el vuelo de los pájaros. Pero fue más modesto que Dios, demostró negligencia por la nobleza de sus sueños y necedad al mostrarse generoso... Quería ser tan sencillo como uno de los miles de soldados que murieron por él y por Francia. Despreciaba a los que un día u otro le obligarían a abdicar, pero al mismo tiempo les estaba agradecido de que le obligaran a hacerlo. Odiaba su poder pero también su impotencia. Ya no quería ser emperador y sin embargo deseaba mantener todos sus poderes».

Por si no quedara claro, este poco verosímil por dubitativo Napoleón de Roth entra en crisis espiritual: «He cambiado. Mira, ya no creo en las cosas en que depositaba mi fe, en la violencia, en el poder y en el éxito. Por eso voy a abdicar... Hoy me encuentro entre dos fes. Ya no creo en el hombre y todavía no creo en Dios». Para redondear la descripción, Roth parece echar mano de un diccionario de antónimos: «Era fuerte y débil, temerario y pusilánime, fiel y traidor, apasionado e indiferente, arrogante y sencillo, orgulloso y humilde, poderoso y mísero, cándido y desconfiado». En fin, con esos mimbres no es extraño que diera para la gran novela que se atribuía el propio Napoleón.

Puede que fuera el mismo emperador el que, en uno de sus melancólicos discursos de Santa Elena (capítulo xv del primer volumen de *Las Cases*), diera la clave —más allá de las evidentes razones históricas— de por qué tantos sucumben a su hechizo: «El hombre ama lo maravilloso; ejerce sobre él una fascinación irresistible; siempre está dispuesto a abandonar lo que tiene al alcance para correr detrás de lo que sólo son imaginaciones. Se deja llevar por sus propias ilusiones. Y la verdad es que todo cuanto nos rodea es una maravilla... Todo en la naturaleza es un fenómeno: mi existencia es un fenómeno, la leña que se ha echado a la chimenea y me calienta es un fenómeno, la vela de ahí, que me da luz, es un fenómeno...». Y, le faltó añadir, no

hay más cera que la que arde. Tal vez sea hora de abordar el *misterio* de Napoleón con cierta candidez y repetir las tres palabras con las que él recibió a Goethe en Erfurt: «*Voilà un homme!*».

## UNO, DOS, TRES; PIEDRA, PAPEL, MEMORIA

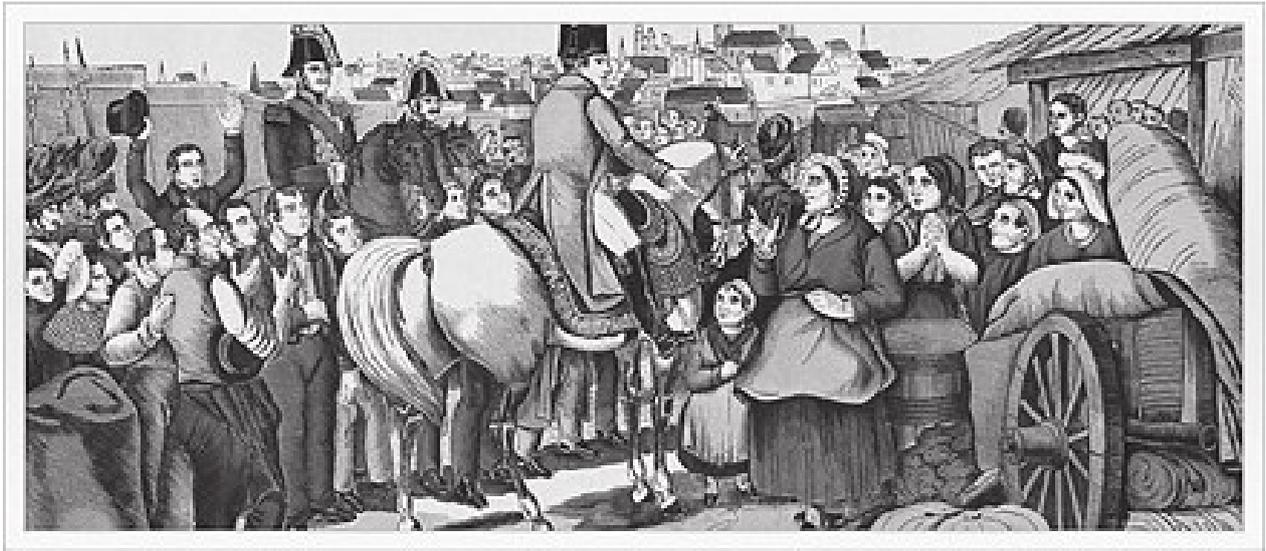
«Solón y Egipto estaban en lo cierto: sólo se puede juzgar a una persona después de muerta».

[máxima 457]



Máscara mortuoria de Napoleón.

Tras la caída de Napoleón y su destierro a Santa Elena, su figura es escarnecida sin miramientos durante la Restauración borbónica (1814-1830), y la leyenda negra que lo pinta como ogro sanguinario se convierte en política oficial. Pero los errores y el fracaso de la propia Restauración tienen un efecto contraproducente. A su muerte, con la publicación del *Memorial de Santa Elena* de Las Cases, nace (o, más bien, renace con fuerza) un Napoleón «del pueblo», un mártir de la nación, que se propaga y reafirma en canciones populares, en grabados encantadoramente *naïfs* de Épinal, en burdas figuritas de porcelana serializadas. Cuando el *moderado* Luis Felipe sube al trono en 1830, cambia también la política oficial y se concede a Bonaparte un lugar de honor en la creación de la nueva identidad nacional francesa: en 1832 se repone su estatua en la columna de la place Vendôme (pero no la estatua primigenia del Napoleón-César, sino la del Napoleón-soldado), en 1836 se inaugura el Arco del Triunfo con sus victorias, el año siguiente se abre la Galería de las Batallas en Versalles, en 1840 regresan sus cenizas, que se depositan en los Inválidos en olor de multitudes y casi de santidad.



*Chacun son métier*, grabado de 1835 de François Georffin, producido en Épinal, en el que un *campechano* y paternal Napoleón *departe amigablemente* con los paisanos en el mercado a la vuelta de una batalla.

Y, con más o menos convencimiento o entusiasmo, los escritores más influyentes de las dos décadas (1830-1848) de la Monarquía de Julio y los años de Napoleón III (1848-1871), se unen al coro; algunos, sí, con notorias reticencias: «Tras haber sufrido el despotismo de su persona, tendremos que sufrir ahora el despotismo de su memoria... el soldado y el ciudadano, el republicano y el monárquico, el rico y el pobre colocan igualmente los bustos y los retratos de Napoleón en sus hogares, en sus palacios o en sus cabañas...», escribe no sin resentimiento Chateaubriand.

Parecería que, finalmente, se habría llegado a cierto consenso, que apenas admitía disensiones en los matices sobre la grandeza del personaje o sus posibles comparaciones (¿Carlomagno, Alejandro, Gengis Kan?). Pero Luis Napoleón quiso sacarle aún más provecho. Y en éstas estaban cuando apareció un convidado inesperado a la fiesta: el proletariado. Y el convidado quería dejar de ser de piedra.

Napoleón había intuido que la suerte histórica se dirimía en los sucesivos equilibrios de poder. La suya, también. El aforismo 441 de la antología balzaquiana es, en su boca, casi una confesión de disimulada impotencia:

«La verdad histórica suele ser  
una fábula acordada».

La suerte de la Colonne Vendôme, erigida siguiendo sus instrucciones, y de la estatua que la coronaba a más de 40 metros de altura, es la pétrea y gráfica corroboración de esa intuición.

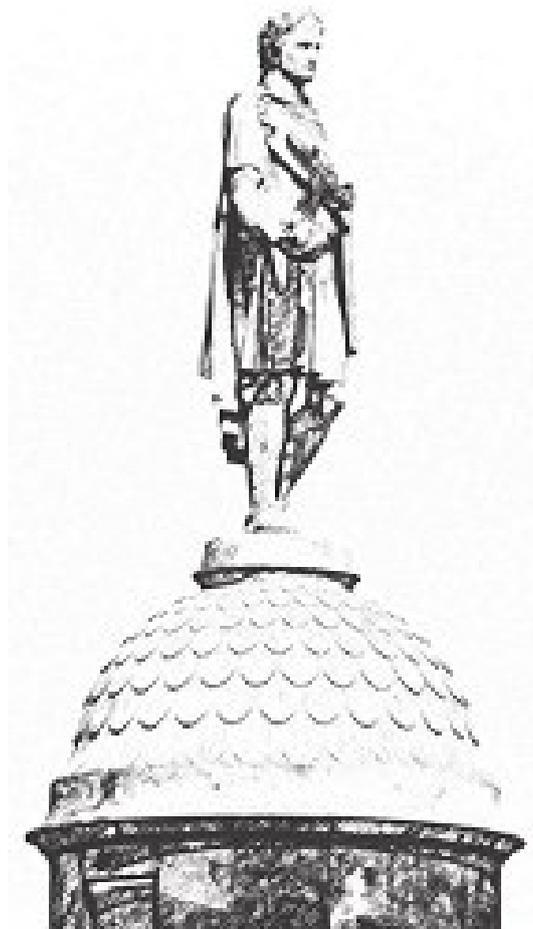


Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3

Hasta 1792, hubo en el centro de la plaza diseñada por Jules Hardouin-Mansart —y entonces llamada Louis le Grand, que no l'Éternel— una estatua ecuestre del Rey Sol, esculpida por François Girardon en 1699. Los revolucionarios la destruyeron, como tantos otros símbolos del Antiguo Régimen.

El 14 de julio de 1800, Lucien, hermano y ministro de Napoleón, puso la primera piedra de la columna, en principio dedicada a *la Gloire du Peuple Français*, aunque al poco pasaría a cantar la *Glorie de Napoléon 1<sup>er</sup>*. En 1805, se fundieron 1200 cañones tomados al enemigo, la mayoría en Austerlitz; el bronce se cubrió con bajorrelieves bélicos, la obra se completó en 1810 y se inauguró en agosto, con el nombre de Columna de la *Grande Armée*. Encima se coloca la primera estatua de Napoleón, obra de Antoine-Denis Chaudet, en la que se le representa como César. No duró mucho; no queda constancia gráfica (fig. 1), pero sí su réplica casi exacta (fig. 3).

Y no duró porque, en 1814, tras la entrada de los aliados en París, la estatua fue *apeada* por iniciativa, entre otros, de La Rochefoucauld y sustituida por una bandera blanca flordelisada durante toda la Restauración. En 1818, Napoleón-César fue fundido para la estatua ecuestre de Enrique IV del Pont Neuf: el bronce, como los hombres, tiene una memoria maleable.

La Restauración se *desinstaura* por incompetencia y ceguera política, la

Revolución de 1830 entroniza al constitucional Luis Felipe y el 28 de julio de 1833, en plena Monarquía de Julio, se iza, en presencia del propio rey, una nueva estatua, ésta de Charles Émile Seurre, en la que Napoleón aparece, acorde con los nuevos aires, como un más plebeyo (aunque imponente) soldado, a pie (fig. 2). La estatua se conserva y todavía puede verse en los Inválidos. Será la que Balzac compare con un vigía en *La muchacha de los ojos dorados*.

*E la nave va...*

¿No es acaso París un sublime bajel cargado de inteligencia? Sí, su escudo de armas es uno de esos oráculos que se permite a veces la fatalidad. La villa de París tiene el palo mayor todo de bronce y esculpido con victorias, y el vigía es Napoleón. Ciertamente es que la nave cabecea y tiene un balanceo, pero recorre el mundo, hace fuego en él por las cien bocas de sus tribunas, surca los mares de la ciencia, boga por ellos a toda vela, vocea desde lo alto de las gaviotas por boca de sus sabios y sus artistas: «¡Adelante! ¡Seguidme!». Lleva a bordo una gigantesca tripulación que se complace en adornarla con nuevos banderines. Grumetes y chiquillos que ríen entre las jarcias; lastre de compacta burguesía; obreros y marineros embreados; en los camarotes, los felices pasajeros; elegantes *midshipmen* fuman puros asomados a la batayola; y luego, en la tilla, sus soldados, sus innovadores o sus ambiciosos, abordaron en todas las orillas pidiendo, al tiempo que derraman su vivo fulgor, fama que es placer o amores que exigen oro. (Balzac, 1835, *La muchacha de los ojos de oro*. Trad. de María Teresa Gallego Urrutia, Alba Editorial, Barcelona, 2013).

Vuelven a cambiar los aires con el giro que lleva a Luis Napoleón al poder en la Revolución de 1848; y a éste, ya como Napoleón III, emperador desde 1852 —con futuro de triste marioneta—, la estatua de su tío no le parece lo bastante imponente, así que, en 1863, la sustituye por una réplica de la original *romana* de Chaudet realizada por Auguste Dumont. Obviamente, no le movió el gusto por el *vintage* neoclásico, sino que le servía de aviso a navegantes dando pública y amenazante noticia de sus ínfulas imperiales y *cesaristas*. La única diferencia entre ambas obras parece ser que han cambiado de mano la espada y el globo de la victoria. Es la que, restaurada en 1875, vemos hoy sobre la columna (fig. 3).

Restaurada, en efecto, porque, en 1871, el monumento a la gloria imperial había sufrido un percance.

Cabe decir que Marx, clarividente incluso para sus detractores por una vez siquiera, había sido tan amable de advertir del peligro: «La frase final de mi obra [escrita en febrero de 1852]: “Pero si por último, el manto imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la Columna de Vendôme” es ya una realidad...», prólogo de la edición de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte...* de junio de 1869, dos años antes de

que la metáfora se hiciera carne.

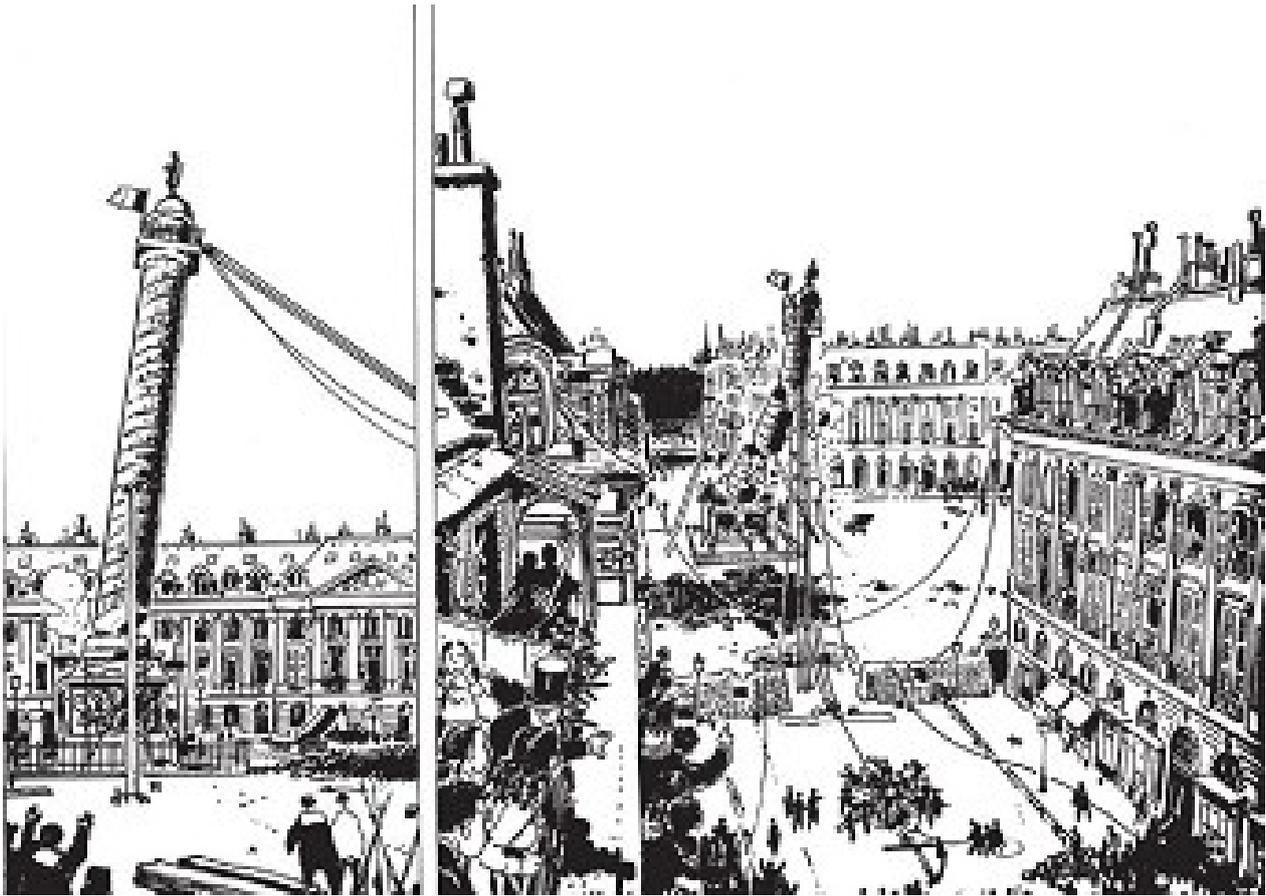
En 1871, los parisinos ya no reclaman ni la fama, ni el placer, ni los «amores que exigen oro» que describía Balzac 35 años antes, la ciudad ya no es un «sublime bajel» sino una nave que hace agua. Las tropas imperiales la abandonan ante la proximidad de los prusianos. La insurrección popular triunfa y se establece la Comuna. Entre los decretos que emite, uno que da el tono de los nuevos tiempos, poniendo letra de epopeya revolucionaria a la melodía que desde tiempos inmemoriales lleva a los oprimidos a derribar las estatuas de los tiranos:

*La Comuna de París:  
considerando que la columna imperial de la plaza Vendôme es un monumento a la barbarie, un símbolo de fuerza bruta y de vana gloria, una afirmación de militarismo, una negación del derecho internacional,*

*un insulto permanente de los vencedores a los vencidos, un atentado perpetuo a la Fraternidad, uno de los grandes principios de la República francesa, decreta: Artículo único: ¡La columna de la plaza Vendôme será derribada! 16 de mayo de 1871.*



De homenaje a un mártir de la patria a «monumento a la barbarie»: la «fábula acordada» que, como el mismo Napoleón intuía, no estaba atada, bien atada, se ha desanudado... de nuevo. Y así, el 16 de mayo, con muchos problemas dado el tamaño del armatoste, la columna es derribada, también en olor de multitudes (que no de santidad).



«Por lo que a mí respecta, no hay más inmortalidad que el recuerdo que se deja en las mentes de los hombres».



Páginas de *El grito del pueblo*, de Tardi y Jean Vautrin.



La estatua de Napoleón reposa en el suelo de la plaza, rodeada de *fédérés* y curiosos.

El 30 de mayo, dos semanas después del derribo de la columna y cuando sólo habían transcurrido dos días de la caída en poder del ejército contrarrevolucionario de la última barricada, Marx escribió: «Y para marcar nítidamente la nueva era histórica que conscientemente inauguraba, la Comuna, ante los ojos de los vencedores prusianos de una parte y del ejército francés bonapartista mandado por generales bonapartistas de otra, echó abajo aquel símbolo gigantesco de la gloria guerrera que era la Columna de Vendôme» (*La guerra civil en Francia*).

La «nueva era» había durado apenas dos meses. En la represión posterior fueron fusilados más de 20 000 *communards*, hombres, mujeres y niños, varias decenas de miles fueron encarcelados, deportados o se exiliaron. Una mortandad digna de las mejores *hazañas* napoleónicas, a la altura del hombre que había escrito: «El secreto de los gobiernos que me sucedan consistirá en oprimir a las masas y dar a los individuos la máxima libertad: el egoísmo es el único móvil actual. He perecido por haber intentado procurar el bien para las masas sacrificando al individuo» [424]. Es posible que el sentido de «oprimir a las masas» o «sacrificar al individuo» haya cambiado y sus aristas retóricas se hayan pulido, sin embargo, no conviene tomarse esas palabras en su literalidad, no tanto porque, se mire por donde se mire, lo que afirman sea harto dudoso, cuanto porque uno de los rasgos más enternecedores del Napoleón caído y destronado es esa imperiosa necesidad de justificarse, en sus derrotas... y en sus masacres. Es inevitable preguntarse qué habría dicho ante la saña de las represalias de la Comuna, dado que, siendo las víctimas parisinas, difícilmente

podría haber repetido el comentario de la matanza de Eylau: «*Une nuit de Paris réparerait tout cela*» («Todo esto lo remedia una noche de París»).

En el inevitable corolario, el nuevo presidente de la República, el mariscal MacMahon, decidió reconstruir la columna, Napoleón incluido, y, en un rizo esperpéntico, condenó a Gustave Courbet (sí, el pintor de *El origen del mundo*, el sexo femenino más famoso de la historia del arte, que se había significado entre los *communards* pidiendo el derribo) a pagar la restauración... ¡a plazos! ¡10 000 francos durante 33 años! Al menos, no llegó a apoquinar ni un céntimo... porque murió días antes de que se cumpliera el primer plazo. Aun sin su aportación, la columna fue repuesta en su lugar en 1875 y la plaza recuperó su placidez burguesa. Ahí sigue.



*Napoleón en la batalla de Eylau, de Antoine-Jean Gros (1808).*



Soldados *fédérés* fusilados en ejecución sumaria tras la caída de la Comuna.

Aire de familia..., de familia Bonaparte. Los *communards* parecen unas bajas más del cuadro de Gros. En más de un sentido, lo eran.

A los aficionados a las coincidencias inquietantes en el curso histórico que recelen de la descripción marxista de que éstas se repiten primero como «tragedia» y luego como «farsa», quizá les haga más gracia la perspicacia de Balzac en la presentación de esta antología: «... como desde su punto de partida hasta el de su llegada y del trono a la tumba recorrió en dos ocasiones y en dos sentidos distintos todas las situaciones...», apunta el escritor. Si se añade la historia colateral de la estatua de la columna, una historia póstuma, eco decimonónico del Cid Campeador, no serían dos sino tres —o hasta cuatro— las veces que Bonaparte hizo ese recorrido.



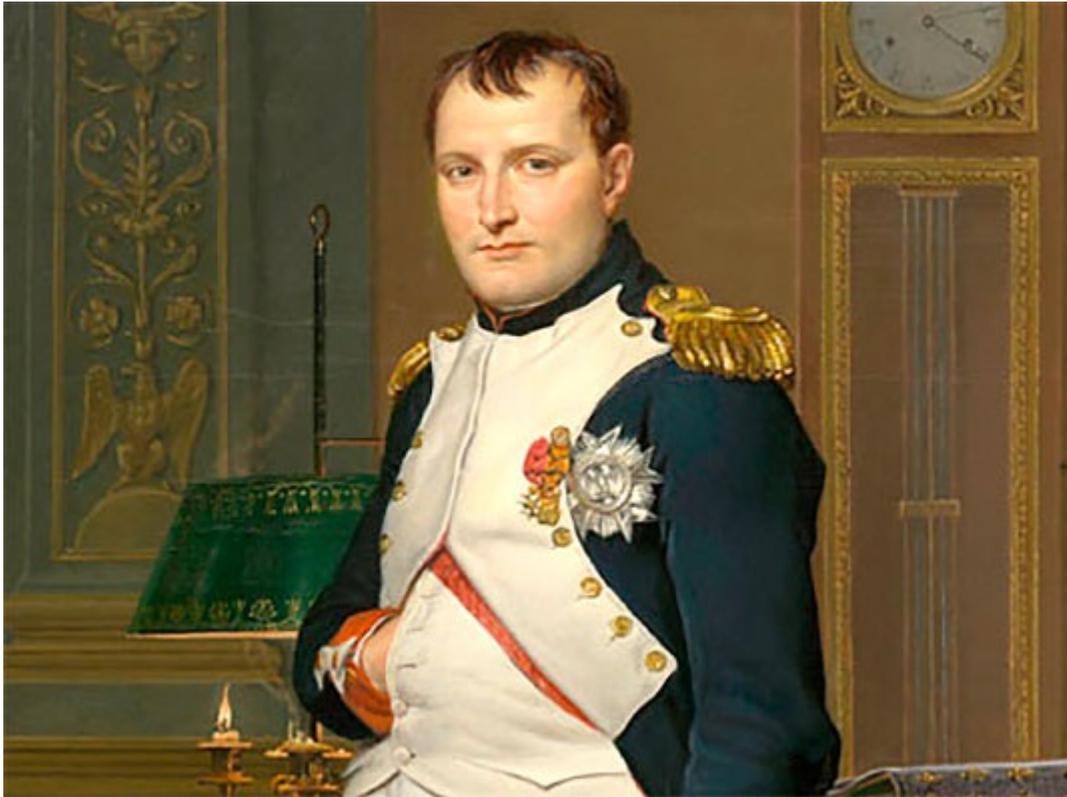
Si la de arriba es la imagen apacible *circa* 1890, a día de hoy, la plaza en cuestión se ha convertido en un centro de comercios de lujo que hubiera hecho las delicias del ostentoso mal gusto del corso.

Aunque, vistos los vaivenes de estos últimos doscientos años, no parece sensato apostar a que las cosas vayan a seguir así eternamente.

Más aún, una de las citas más famosas y reproducidas del corso adquiere un sentido turbador, casi espeluznante, si se pronuncia, no en las alturas de las pirámides, desde donde «cuarenta siglos nos contemplan», sino desde los 45 metros a los que se alza la estatua de la place Vendôme:

«Mi grandeza no reside en no haber caído nunca,  
sino en haberme levantado siempre».

Parece que las piedras hablaran.



NAPOLEÓN I BONAPARTE (Ajaccio, 15 de agosto de 1769-Santa Elena, 5 de mayo de 1821) fue un militar y gobernante francés, general republicano durante la Revolución y el Directorio, artífice del golpe de Estado del 18 de brumario que lo convirtió en primer cónsul (*Premier Cónsul*) de la República el 11 de noviembre de 1799; cónsul vitalicio desde el 2 de agosto de 1802 hasta su proclamación como emperador de los franceses (*Empereur des Français*) el 18 de mayo de 1804, siendo coronado el 2 de diciembre; proclamado Rey de Italia el 18 de marzo de 1805 y coronado el 26 de mayo, ostentó ambos títulos hasta el 11 de abril de 1814 y, nuevamente, desde el 20 de marzo hasta el 22 de junio de 1815.

Durante un periodo de poco más de una década, tomó el control de casi toda Europa Occidental y Central mediante una serie de conquistas y alianzas, y sólo tras su derrota en la batalla de las Naciones, cerca de Leipzig, en octubre de 1813, se vio obligado a abdicar unos meses más tarde. Regresó a Francia y al poder durante el breve periodo llamado los *Cien Días* y fue decisivamente derrotado en la batalla de Waterloo en Bélgica, el 18 de junio de 1815, siendo desterrado por los británicos en la isla de Santa Elena, donde falleció.

Napoleón es considerado como uno de los mayores genios militares de la Historia, habiendo comandado campañas bélicas muy exitosas, aunque con ciertas derrotas igualmente estrepitosas. Sus agresivas guerras de conquista se convirtieron en las mayores operaciones militares conocidas hasta ese momento en Europa, involucrando a un número de soldados jamás visto en los ejércitos de la época. Además de estas proezas bélicas, a Napoleón también se le conoce por el establecimiento del Código

Napoleónico y es considerado por algunos un «monarca iluminado» debido a su extraordinario talento y capacidad de trabajo. Otros, sin embargo, lo estiman un dictador tiránico cuyas guerras causaron la muerte de millones de personas, así como uno de los personajes más megalómanos y nefastos de todos los tiempos.

Se le juzga como el personaje clave que marcó el inicio del siglo XIX y la posterior evolución de la Europa contemporánea.

Sus soldados lo llamaban el *Pequeño Cabo* (*le Petit Caporal*), en tanto que los británicos se referían a él con el despectivo *Boney* y las monarquías europeas como el *tirano Bonaparte*, el *Ogro de Ajaccio* o el *Usurpador Universal*.

# NOTAS

[1] No es exagerado; Kubrick, el cineasta norteamericano, afirmaba en una entrevista cuando preparaba una película sobre el corso, a la postre frustrada: «Me fascina. Su vida se ha descrito como un poema épico de acción. Su vida sexual era digna de Arthur Schnitzler. Fue uno de esos hombres raros que trastocan la historia y moldean el destino de su época y de las generaciones venideras en un sentido muy concreto, nuestro propio mundo es el resultado de Napoleón...». <<

[2] En la edición electrónica de Acamedia, [www.acamedia.fr](http://www.acamedia.fr), [www.bacdefrancais.net](http://www.bacdefrancais.net)

<<

[3] Joseph Roth, *Los cien días*, trad. de Carmen Gauger, Pasos Perdidos, Madrid, 2013. <<